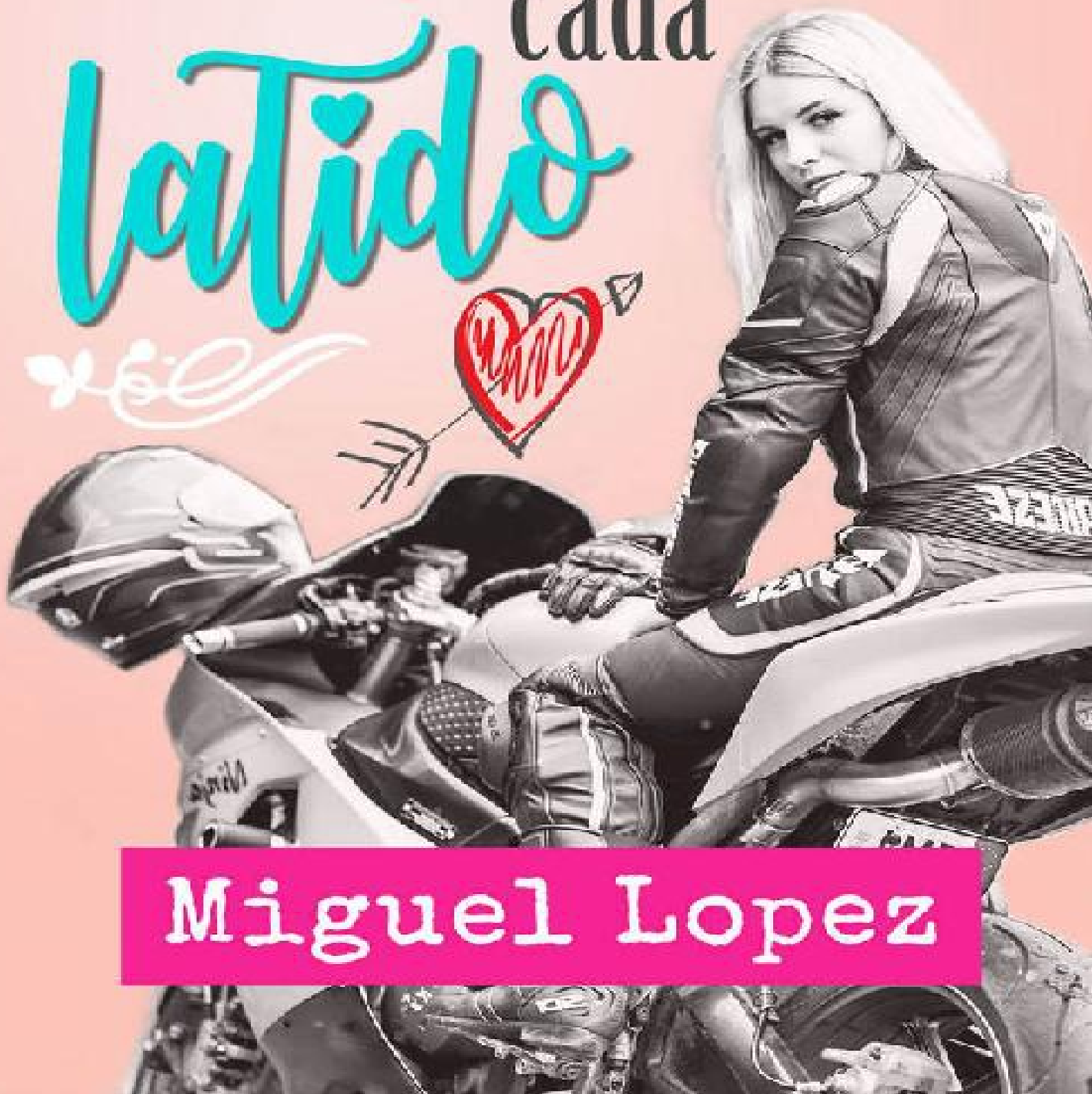


Entre

cada

latido



Miguel Lopez

Entre Cada Latido

Miguel López

Entre Cada Latido

de Miguel López

Edición julio 2020

Copyright © 2020 by Miguel Lopez

Fotografía de portada: Sebastian Juško @ Flickr

ISBN:

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, informático, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de su autor.

Todos los derechos reservados.

Índice

[Índice](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[Veinte](#)

[Veintiuno](#)

[Sobre el autor](#)

[Otros libros recomendados:](#)

Uno

La noche toca insistentemente mi hombro para invitarme a salir. Mi ansiedad cada viernes en la noche es inevitable, pero aún es temprano.

Tuve un duro día de trabajo. Satisfactorio, pero agotador y, apenas entré a la casa, fui directo al baño a darme una buena ducha.

Después de cenar, me quedé viendo un par de series en streaming en el televisor grande de la sala, hasta la medianoche, pero no alcancé a sentir sueño.

Por la ventana se podía apreciar una hermosa luna que comenzaba a crecer. Dentro de cinco o seis días seguramente ya estaría llena, radiante en su máximo esplendor.

Tengo que salir.

Comencé a maquillarme. ¿Cuál labial quedaría perfecto para una noche como esta? Hurgué dentro de mi estuche de cosméticos y lo encontré; *Evil Queen*, este es el tono que me voy a poner hoy.

Atom me miraba, hocico en el piso, con cara de tristeza, moviendo su cola sin mucha emoción.

—Vuelvo pronto, no me veas así.

Tomé los guantes, las llaves y el casco, y me despedí de él acariciando su peluda existencia.

Abrí la puerta del garaje y observé mis tres motos. No había nada que pensar, era noche de velocidad. Encendí mi ninja de 636cc y, muy a pesar de mis vecinos que seguramente ya estaban dormidos, salí de allí haciendo rugir mi pequeño juguete.

Tomé la avenida principal hacia el centro de la ciudad. A esta hora de la noche, las calles estaban solas y la metrópolis permanecía en silencio, salvo unas contadas excepciones. En el camino, giré a la derecha en el semáforo de mi antigua universidad, y rodeé un par de cuadras hasta entrar en una zona residencial de casas viejas, pero bien acomodadas.

Al final de una pared verde, se podía ver el enrejado negro de un jardín con arbustos bien podados. En una esquina tenía una veleta con forma de flecha que rechinaba con el movimiento del viento debido al óxido de sus bisagras expuestas a la intemperie. A esa hora de la noche, el silencio de la calle solo era interrumpido por el bamboleo de la veleta y el sonido de mi moto en ralentí.

Di la vuelta en U en esa calle y tomé de nuevo la avenida principal en el siguiente semáforo. Ocho cuadras más adelante, me encontraba en la zona más vieja de la ciudad, donde se concentran

la mayor parte de los lugares bohemios. Frente al bar Always-Harley, decenas de moteros estaban reunidos.

Justo al llegar aceleré un par de veces mi motor para remarcar mi presencia y para que, quienes conversaban emocionados alrededor de la calle, me cedieran un espacio por donde pasar y así poder estacionar lo más cerca posible de la fachada del local.

Apagué el motor girando la llave, y con el pie izquierdo extendí la pata de cabra para sostener la moto y descender. Me quité el casco y traté de desenredarme un poco el cabello.

—¡Loura! ¡Preciosa! Días sin verte por estas calles —me saludó Nano, uno de los chicos del grupo de moteros con quienes suelo compartir más tiempo.

—Hola Nano, ¿cómo estás? Veo muchas caras nuevas hoy.

—Lo normal si pasas muchos días sin venir. Gente llega y gente se va, así es la vida.

—¿Dónde están Kira y Leo?

—Adentro, buscando algo de beber.

—¡Qué oportuno! Vengo sedienta, voy adentro. ¿Quieres que te traiga algo?

—Lo que quieras traerme. De ti, todo es bien recibido.

—Vale. Ya vuelvo.

Ingresé al bar y el sonido de la música comenzó a entrar por mis oídos sacudiendo todas las células de mi cuerpo. En Always-Harley les gusta colocar principalmente canciones de rock, alternando clásicos de los 70s, y mientras caminaba hasta la barra para pedir algo de tomar comenzaba a sonar una de las canciones más famosas de Led Zeppelin, “Whole Lotta Love”.

Con los dos tragos en la mano, dirigí una última mirada a lo largo del interior del bar con la finalidad de ubicar a mis dos amigos. Vi primero a Leo salir del baño individual de caballeros, al final del pasillo, en la parte más oscura de todo el sitio, y luego, segundos después, por la misma puerta, vi salir a Kira.

—Mira pues, se lo tenían bien guardado.

—Nada serio, Loura, es solo una atracción fatal —dijo Leo, sin vergüenza alguna.

—No quiero saber nada, no me expliquen nada —dije levantando la mano y cerrando los ojos brevemente, con tono exagerado, para resaltar mi actitud juguetona—. Lo que me parece objetable es que se adueñen del baño y pongan a sufrir a esa pobre gente que necesita drenar el alcohol que ha ingerido.

—Fue sólo un par de minutos, Loura —respondió Kira, apenada.

—No te sonrojes tanto, Kira. Disfruta con orgullo —contesté y le di un beso en la mejilla para saludarla—. Vamos afuera que hay mejor ambiente allá.

Los tres salimos del bar y atravesamos el estacionamiento hasta la avenida. Nano no estaba en el mismo sitio donde habíamos conversado hace un rato.

—¡Maldición!, ¿a dónde se ha ido? —exclamé.

—Míralo, allá está, conversando con aquella chica —respondió Leo mientras señalaba a nuestra derecha.

—Ya lo vi. Miren esto —le dije a Kira y a Leo, y comencé a caminar entre las personas, hasta donde estaba Nano.

Nano hablaba con una chica un poco más joven que él, de cabello largo y negro. A juzgar por su sonrisa y los gestos con sus manos, estaba intentando seducirla.

—Toma cariño, aquí tienes tu trago. Bébetelo rápido que tu madre me ha llamado y me ha dicho que nuestra beba se ha despertado llorando. Que posiblemente tiene fiebre —le dije a Nano mientras me interponía entre él y la chica, y le extendía mi mano con su trago.

—¡Descarado! Tienes mujer y una bebé, y me habías dicho que eras soltero —dijo la chica indignada, y luego se alejó de nosotros sin decir una palabra más.

—¡Pero Loura! ¿Por qué has hecho eso? —dijo Nano, quejándose como un pobre chiquillo—. Ya estaba consiguiendo una cita con ella.

—No te quejes, aquí hay muchas otras chicas. Ven un rato con nosotros que ya conseguí a Kira y a Leo. Luego puedes seguir con tu cacería.

—Pues ni modo, vamos. Pero esta me la vas a pagar un día —contestó resignado.

Estuvimos conversando mientras veíamos llegar cada vez más moteros a los alrededores del lugar. Una exhibición de marcas, modelos, de diferentes cilindradas. Era un escenario habitual a esta hora de la noche. No pasó mucho tiempo antes de que algunos comenzaran también a presumir sus habilidades sobre dos ruedas, realizando diferentes acrobacias o demostraciones de arranques y frenadas.

Mientras tanto, dos motos de categoría superbike se estacionaban en el centro del asfalto, en perfecta alineación y mirando hacia la misma dirección de la avenida. Ambos pilotos parecían iniciar una cordial y acostumbrada discusión acerca de las capacidades de sus vehículos. Todo parecía indicar que serían los primeros competidores de la noche. Tenían todas las intenciones de iniciar una carrera de velocidad.

Las personas comenzaron a acercarse para ver las poderosas máquinas rivales, así como a sus respectivos pilotos. Algunos de los espectadores buscaban pronosticar quién de ellos tendrían mayores probabilidades de ganar para saber a quién apostar.

Es una lotería. Si no conoces la reputación del piloto, si no lo has visto competir previamente, es difícil determinar el futuro ganador. Puedes revisar detalles como el estado de la moto, la condición de los neumáticos, las posibles modificaciones externas del motor, todo influye, sí, pero lo realmente determinante es la conducción en la pista, y nunca sabrás el valor real de la experiencia y las habilidades del piloto si no lo has visto correr antes.

Sin embargo, a pesar de la incertidumbre, muchos están decididos a hacer su apuesta. Las personas quieren sentir la adrenalina, bien sea sobre la moto, compitiendo, o bien como espectador que pone su dinero en juego. El dinero que se juegan, los vincula directamente con alguno de los rivales. Simbólicamente, están subiéndose también a esa moto.

Para iniciar la carrera, solo falta un elemento. Alguien capaz de generar respeto entre los que ganan y los que pierden. Alguien confiable que reciba el dinero y que después lo entregue a quien corresponda, descontando una pequeña comisión por su trabajo. Y en este lugar, esa persona suele ser Nano.

—Lo siento amigos, parece que ya tenemos la primera carrera, luego seguimos hablando — dijo Nano, despidiéndose de nosotros.

—Anda, anda, que necesitamos dinero para que nos invites la siguiente ronda —le dije bromeando, mientras correspondía la frase haciéndole un gesto con las manos de que se alejara.

Nano se acercó a los competidores, les estrechó las manos y comenzó a recitar las reglas en voz alta.

—Señores... la carrera básica es una vuelta a la cuadra. Arranca aquí y termina aquí. La apuesta mínima es de 500. Cada uno acepta que compite en condiciones justas, deben haber verificado previamente el equipo del contrincante. No se permite el cambio de moto o de piloto después de acordar la apuesta. No se pueden golpear mientras estén corriendo. Cualquier violación a las reglas implica la pérdida automática de la competencia y seré yo quien tenga la última palabra en caso de cualquier controversia. ¿Están de acuerdo?

—¡Sí! —respondieron ambos pilotos al unísono, y entregaron el dinero correspondiente.

—Ahora recibo las apuestas del público. ¡Rápido, que estas motos ya están listas para quemar el asfalto!

Nano comenzó a recibir el dinero de las personas que decidieron apostar por alguno de los competidores. Para ayudarse, anotaba las cantidades y los nombres de cada uno de ellos en una pequeña libreta.

—Corredores... ¿listos?

Ambos asintieron, apretaron la palanca del embrague, colocaron la velocidad de la caja de cambios y comenzaron a acelerar los motores.

—3... 2... 1... ¡fuera!

Inmediatamente soltaron el embrague y se alejaron a toda velocidad del punto de partida. El rugido de los motores encendió el ánimo de los espectadores. Cada uno vitoreaba al piloto de su preferencia. Se alejaron por la recta de la avenida, recorriendo a lo largo toda la cuadra principal, y al llegar al primer cruce, aplicaron los frenos para reducir parcialmente la velocidad y poder efectuar el giro. A partir de ese punto, entraban en la etapa ciega de la competencia.

Varios espectadores comenzaron a correr hasta la esquina contraria para verlos acercarse al completar la vuelta, desde la calle posterior de la cuadra.

El sonido de los motores se escuchaba distante, pero luego de unos segundos, comenzó a sentirse con mayor fuerza, anunciando la proximidad de los competidores.

Súbitamente apareció el primer corredor con una ventaja corta, pero difícil de superar en la recta final. Con serenidad y pulso de hierro pasó frente a nosotros levantando el brazo izquierdo en señal de triunfo. El público aclamaba la llegada con emoción. Ganadores y perdedores se expresaban entre gritos de felicidad y maldiciones quejumbrosas.

Nano proclamaba oficialmente al vencedor que daba la vuelta para estacionar su moto frente al bar. Luego de chocar sus puños para felicitarlo, mi amigo contaba la parte que le correspondía como ganancia y se la entregaba de primero. Después sacaba su libreta para comenzar la repartición a los vencedores del público.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo estás? —montado en una moto de buena cilindrada y sin quitarse el casco, me saludaba un chico que estaba llegando a la reunión callejera.

—Hola —respondí secamente.

Se quitó el casco y se peinó el cabello con la mano. Típico. Podía tratarse de un galán presumido. Pero también podía ser alguien interesante. En todo caso, decidí darle el beneficio de la duda antes de mandarlo lejos.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Loura. Me llamo Loura, ¿y tú?

—Él se llama Francisco —interrumpió Kira—. Ya lo hemos visto varias veces por aquí.

Volteó con poco agrado y le dedicó una sonrisa breve y falsa a mi amiga.

—Mucho gusto —Extendió su mano hacia mí— Efectivamente soy Francisco, como dice tu amiga.

—Gusto en conocerte, Francisco— estreché su mano cordialmente.

—¿Te gustaría dar un paseo en mi moto?

—No, gracias. He traído la mía.

—¿En serio? ¿y cuál es?

—Aquella —dije, señalando a mi consentida.

—¿Y sabes correr?

Kira no se aguantaba y estaba a punto de decir algo para alejar a Francisco que, por lo visto, ya ella había catalogado como pesado desde hacía tiempo. Le hice una seña con la mano para avisarle disimuladamente que no interviniera y me dejara manejar la situación sola.

—Un poco.

—¿Te gustaría competir?

—¿Por qué no?

Había sido suficiente un par de miradas superficiales sobre la máquina de mi presumido contendiente para advertir el deficiente nivel de mantenimiento que tenía.

A pesar de tener una moto de prestigiosa marca, era bien sabido que el año de fabricación de su modelo no fue el mejor. Ciertos defectos en la admisión de aire, junto con la rigidez del tiempo de las válvulas a altas revoluciones cuando más se requería holgura para alcanzar el máximo potencial de dicha cilindrada, hacían obligatorias varias paradas en un taller especializado con la finalidad de solventar esas fallas. Adaptaciones todas que dejan evidencias visibles en la parte externa del motor, ya que ciertas piezas no podrían seguir siendo las originales. Pero ahí estaba yo, delante de aquel fanfarrón, con su motor en estado original y ligeramente sucio, una suciedad real, sin maquillaje, porque quien sabe maquillar reconoce el origen natural de las sutiles e inofensivas manchas de aceite.

No había duda de que mi vista no había sido engañada. Ya conocía muchos trucos de otros tipos de apostadores astutos. En el heterogéneo universo de estos artistas del engaño había quienes llegaban con sus motos aparentemente descuidadas, pero era parte de una estrategia para

engañar a los contendientes con menos experiencia. Simulaban tener una moto destartada a través del maquillaje artificial de un motor sucio y descuidado, que por dentro estaba totalmente al día, entonado y enchulado para dejar atrás y tragando polvo a sus víctimas.

Pasaron muchos días de competencia antes de encontrarme con mi primera moto maquillada. Fue la primera vez que no acepté una apuesta. El chico había llegado con esa especie de carita inocente. Dibujaba en su rostro una sonrisa de cordero que intentaba ocultar al lobo de los que tanto hay que cuidarse para no terminar en la quiebra o regresando a pie a la casa.

—¿Saben cómo se dice maquillarse en italiano, chicas? —recordaba en mi mente a mi profesor de italiano de hace algunos años, quien nos preguntaba lo mismo, visiblemente emocionado, casi todas las semanas debido a su pésima memoria.

—*Truccarsi*, profesor...—contestábamos todas en coro y con evidente fastidio.

—¡Sí! Exactamente, *truccarsi* de *trucco*, porque maquillarse es un truco, un truco que las mujeres hacen para ponerse mucho más bonitas y poder atraparnos. —explicaba siempre, colocando sus manos en forma de garras y sus ojos muy abiertos para exagerar el gesto. Me agradaba su esfuerzo por hacer entretenida la clase, pero había bromas que se hacían trilladas de tanto repetir las.

No le faltaba razón al profesor, la moto estaba trucada. Simulaba tener fugas constantes de aceite. Pero el flujo no provenía de ninguno de los sellos. Fue añadido intencionalmente desde afuera, como un maquillaje, como un *trucco*. Además, tenía un motor de menor cilindrada, no mucho, pero lo suficiente como para aparentar desventaja ante las motos que eran su objetivo aquella tarde y cualquier novato en mi lugar habría aceptado la apuesta contando el dinero antes de haberlo ganado. Pero yo no.

Soy partidaria de perder en condiciones justas, pero no soy de competir contra un piloto desconocido y con una moto evidentemente trucada.

Afortunadamente este no era el caso. Aunque no me recordaba, yo había visto competir a Francisco un par de veces, pero conociendo sus limitaciones, siempre trataba de escoger a corredores inexpertos. En su mente, yo figuraba como una potencial perdedora.

Me puse el casco y fui a buscar la moto para ir hasta el punto de salida. Nano estaba terminando de pagarle a los dos últimos ganadores de la apuesta anterior.

—¿Van a correr? —preguntó Nano.

—Sí. ¿Te encargas?

—Esta bien. Ya conocen las reglas... la carrera básica es una vuelta a la cuadra. Arranca aquí y termina aquí. La apuesta mínima es de 500...

—Que sean 1000 —interrumpí— ¿Te parece Francisco?

Creo que a Francisco le pareció una idea estupenda. Más dinero para él, pensaba. Sin embargo, quiso disimular su avaricia.

—¿Estás segura, Loura? —dijo, con falsa preocupación.

—Sí, Francisco. Si vamos a correr, que sea a lo grande.

—Está bien, acepto.

Nano tomó nuestro dinero y terminó de dar las instrucciones.

—Bien. Cada uno acepta que compite en condiciones justas, deben haber verificado previamente el equipo del contrincante. No se permite el cambio de moto o de piloto después de acordar la apuesta. No se pueden golpear mientras estén corriendo. Cualquier violación a las reglas implica la pérdida automática de la competencia y seré yo quien tenga la última palabra en caso de cualquier controversia. ¿Están de acuerdo?

—Sí —respondimos.

—¿Preparados? ¿Listos? 3... 2... 1... ¡fuera!

Arrancamos a toda velocidad por la avenida principal. Francisco tomó la delantera desde el principio. Nuestras motos rugían a máxima revolución. Amaba ese sonido.

Dos metros por detrás. Dos metros por detrás. Repetía mentalmente mi mantra para el éxito. Exhibir el innecesariamente el máximo potencial de aceleración de mi moto, haría que perdiera la posibilidad de competir en el futuro, aparentemente en desventaja, con la mayoría de los moteros presentes esa noche.

En las competencias callejeras, el puesto del mejor es para una sola persona. Alguien que ya no quiere seguir compitiendo todos los días. Cuando mucho, una vez al mes. Eventualmente vendrá alguien bueno, muy bueno, que va a querer reclamar el trono. Pero el resto de los días, no. Se pierde el factor sorpresa, se pierde la posibilidad de apostar contra el 95% de los demás moteros. El que se decide a competir con el mejor lo hace realmente para destronarlo, no para intentarlo.

Dos metros por detrás, Laura. Dos metros son suficientes. No lo dejes tomar demasiada ventaja y no lo obligues a acelerar mucho. Tenía esa vocecita en la cabeza; era mi entrenador mental virtual. A falta de uno verdadero, como los que usan en las competencias deportivas más famosas, en las que tienen micrófono en el casco para comunicarse con los miembros del equipo, recibir consejos en caliente, solicitar cambios de llantas o saber si los pits están listos, usaba mi propia conciencia para guiarme.

Desde el inicio de la carrera había procurado permanecer a su lado derecho, con la intención de que se habituara a ubicarme siempre del mismo lado, siempre en el mismo espejo. Yo estaría siempre allí, alimentando su confianza, segundo tras segundo, metro por metro. Pero después de la cuarta esquina, en el último tramo, todo iba a cambiar.

Inclinando un poco mi cuerpo hacia el lado izquierdo, había vuelto a recuperar la posición normal en mi asiento para comenzar a acelerar en la última recta, e incluso me balanceé un poco más para desaparecer del lado derecho de Francisco justo en el momento en el que él voltearía por última vez para comenzar a saborear su ansiada victoria. Sus ojos se abrieron con sorpresa. Mierda. ¿Dónde está? Pensó por un segundo. Al no encontrarme en el espejo derecho, volteó con su cabeza para revisar mejor.

No fue necesario forzar mucho mi máquina. Su momentáneo desconcierto fue suficiente para que dejara de exprimirle el combustible suficiente a su moto mientras que la inercia de mi ininterrumpida aceleración final me lanzaba a sus espaldas para tomar la delantera en los últimos metros.

Cuando volvió a mirar hacia adelante y logró encontrarme yo ya estaba cruzando la meta, a escasos metros de él.

—¡Aaaaaa! —gritaba Kira, desbordada de alegría. —¡Loura, ganaste!

Nano se acercaba hacia mí corriendo, emocionado, con su rostro de orgullo, para darme el dinero del premio.

—¡Vamos, Loura! Ahora será Francisco quien pague las rondas —dijo, alzando el dinero.

Un fanfarrón menos en el mundo. Pensaba, satisfecha.

Dos

—¡Ay! Por Dios, Loura. ¿Me quieres matar? —chillaba el hombre.

Tenía que alcanzar una flexión cada vez mayor de su articulación para que su recuperación fuese un éxito. Sin embargo, nadie dijo que sería fácil. Es posible que se haya confundido al creer que una chica como yo, siendo su fisioterapeuta, lo iba a tratar con puros mimos y cariños.

—Un poco más Roberto. Hoy tenemos que llegar un poco más. Tu doctor espera un avance significativo esta semana.

Apoyado sobre mi camilla portátil, en medio de la sala de su departamento, regularmente lanzaba gritos que podían llegar más allá de las paredes del piso. Vivía en un hogar muy bonito y ordenado para un hombre soltero tan ocupado como él. Era evidente que alguien le ayudaba con la limpieza y la comida mientras guardaba el tiempo de reposo recetado por su traumatólogo.

¿Tendría alguna señora de limpieza? ¿O alguna de sus aventuras se habría ofrecido a prestarle apoyo... y algo más? Aunque me surgía la curiosidad, no tenía intenciones de entrar en temas demasiado íntimos por temor a que se aprovechara de eso como pretexto para afirmar que yo le estaba importando más de lo normal.

—Yo esperaba que estas citas fueran más agradables.

—No son citas, Roberto. Me contrataste para ayudar a recuperarte, no para hacerte perder el dinero invertido en esa operación y terminar caminando así de chueco por el resto de tu vida.

—Al menos cuéntame algo mientras me torturas. ¿Qué hiciste ayer en la noche? Háblame de las cosas que no puedo hacer en estos días.

Súbitamente llegaba a mi mente el recuerdo de la carrera contra Francisco. Fue totalmente inevitable sonreír por aquella picardía que había cometido. Lo tenía bien merecido. Y a Roberto, por preguntar tanto, también hay que ponerlo en su sitio.

—¡Ay! —gritó, al tiempo que apretaba los ojos evidenciando el sufrimiento que le había causado. —¿Pero yo que te he hecho? —. Un poco de presión adicional fue suficiente para mantenerlo a raya. No quería que siguiera insistiendo en tener una conversación más íntima conmigo. Lo miré sonriendo y retiré mis manos de su pierna dejando en evidencia que daba por terminada la terapia del día.

—Excelente, Roberto. Creo que por hoy tenemos suficiente. Te felicito. Estamos avanzando —le dije, ignorando intencionalmente sus preguntas sobre mí.

Sequé mis manos humedecidas de su sudor con una de las toallas que guardaba en mi bolso

de trabajo. Para cualquier otra persona podría parecer extraño tener contacto con la piel y el sudor de alguien que apenas conoce. Para mí es necesario y no me deja ninguna sensación de familiaridad adicional.

Roberto se incorporaba sobre la camilla. Con su antebrazo derecho secaba un poco el sudor de su frente. Era normal que estuviera agotado por las contracciones que causaba el dolor de las terapias. Trató de relajarse cerrando los ojos y respirando profundamente un par de veces, mientras yo comenzaba a recoger mis herramientas de trabajo.

—¿Te puedo ofrecer algo de tomar? —preguntó cortésmente.

Me miraba con sus hermosos ojos café claro y el rostro ligeramente ladeado como si estuviéramos sentados en la barra de un bar e intentara coquetearme. Estaba sin camisa, con el pecho al descubierto, mientras la capa de sudor sobre su piel remarcaba con brillo el definido contorno, lo cual era más peligroso aún. Pero si algo tenemos las profesionales de la salud es ética profesional. ¡Ayúdame ética, a salir de aquí!

—No te preocupes, gracias. Estoy bien. Ya tengo que irme a ver a mi siguiente paciente.

No le di oportunidad de decirme nada más. Me levanté sin mirarlo y salí de ahí como escapando de una emboscada.

Tres

—Cada año el cuerpo pide más mantenimiento —dijo el apacible anciano, intentando justificar que estuviera acostado boca abajo en la camilla de su propio consultorio.

Estábamos en una habitación pintada de tono azul claro. Una lámpara de mesa decorativa hacía fluir agua alrededor de una bola de cristal iluminada y el sonido causaba un efecto relajante en el ambiente. Letras asiáticas abundaban entre los cuadros que permanecían colgados en las silenciosas paredes de ese espacio. Lo único que se me hacía familiar eran los dibujos del cuerpo humano. Me transportaba a las interminables clases de anatomía, no por ser poco interesantes, sino por la cantidad de información que tuve que memorizar en ellas.

Con todo lo difícil que puede ser aprender anatomía, aún sigue siendo más fácil conocer a alguien por su cuerpo que por su forma de pensar, de hablar, o de sentir. Cuerpos vemos, corazones no sabemos.

Ahí estaba yo, teniendo un claro conocimiento de cada una de las partes anatómicas de mi paciente. Con un poco de observación, analizando su estructura musculoesquelética, podía deducir sus dolencias. Hasta con cierta precisión podría determinar la causa de la mayoría de ellas. Un exceso de tensión en el lado derecho de su cuello sería suficiente para saber que estaba durmiendo apoyado siempre del mismo lado de su cuerpo, posiblemente con una almohada muy alta o muy baja. Pero de la vida del señor Jeong no podía saber nada más que descendencia asiática.

El señor Jeong, a diferencia de otros pacientes, no protestaba y no se mostraba ansioso mientras evaluaba su estado, pero le gustaba mantener la conversación, aunque sonaba más a monólogo ya que mi silencio se mantenía mientras hacía la evaluación.

—Hay un pequeño misterio en el ejercicio de los dones de sanación; uno no puede curarse a sí mismo. Hasta los médicos más prestigiosos deben recurrir a los colegas cuando uno es el paciente —agregó, mientras yo continuaba decidiendo por dónde empezar la terapia.

No había nada de que preocuparse realmente. Para su edad conservaba una excelente movilidad y era evidente que seguía trabajando con intensidad. Solo al entrar pude contar al menos seis pacientes que esperaban ser atendidos por el hombre apenas yo terminara su terapia de hoy.

—¿Para que son esos carteles que tiene en las paredes? —dije finalmente, para intentar corresponder la conversación.

—Son mis guías fundamentales para la práctica de la acupuntura. Aquella indica las líneas de energía que recorren el cuerpo, lo que llamamos meridianos —dijo, señalando uno de los carteles

en la pared a nuestro costado—. Puedes ver que son muchas líneas y cada una llega a partes específicas del cuerpo. Cuando algo anda mal es posible que la energía no esté fluyendo adecuadamente por ese canal. Con la ayuda de las agujas es posible ayudar a desbloquear el flujo de energía contenida para que esa zona vuelva a estar en equilibrio.

—¿Y si eso no funciona?

—La medicina tradicional tiene muchas alternativas terapéuticas. Yo siempre pongo mi amor y mi mejor esfuerzo en solucionar las dolencias de mis pacientes.

—Debe ser muy bueno. Veo que tiene muchos pacientes esperando que me vaya.

—Todo depende de cómo lo quieras ver. Estoy seguro que ellos prefieren esperar un poco más si eso garantiza que su doctor estará en mejores condiciones para ayudarlos.

—Pues sí, creo que tiene usted mucha razón —alcancé a decir entre risas.

Cuatro

Sobre las 10 de la mañana brillaba un sol primaveral que a muchos robaba una sonrisa tonta.

Entre el estacionamiento y la pista se encontraban las carpas de comidas y más allá, al final, los patrocinantes de la competencia; marcas de ropa deportiva, bebidas energéticas, tiendas de motos exhibiendo las últimas novedades y mucha música mezclada a todo volumen.

Los corredores brillaban impecables con sus coloridos trajes y cascos antes de la primera carrera. Tomarse fotos al final del evento era un privilegio que solo merecían los vencedores, pero antes del evento todos participaban por igual al recibir a los fanáticos. Bueno, casi todos.

Por ambos lados de mi vista encontraba a las chicas que corrían detrás de los corredores más famosos para tomarse *selfies* y también fotografías con la ayuda de sus amigas, y luego se intercambiaban para conseguir ambas las fotos.

Las filas más largas de fanáticos las tenía el *Club de los Cinco Pistones*. Eran los cinco pilotos que se repartían las victorias de todas las competencias en los últimos años; Nick Tuercas, Alex Octanos, Tito Escapes, Albert el Águila y Jeremías el Sucio. Los tres primeros tenían fama de ser, además de buenos pilotos, excelentes mecánicos de motos, por lo tanto, su ventaja casi siempre dependía de la potencia de sus máquinas. Por otro lado, Albert el águila tenía un historial de saltos perfecto, máximo despegue y aterrizaje preciso. No había forma de adelantarlo sobre los aires. El último de ellos, Jeremías el Sucio, sumaba las habilidades de todos, además de ser experto en realizar maniobras de cualquier tipo para garantizar que cualquier corredor que osara acercarse no tuviera oportunidad de adelantarlo.

Allí, en medio de la multitud, estaban los cinco, presumiendo con pedantería y haciendo payasadas que agradaban a sus fanáticos. Cada vez que volteaba a mirarlos sentía que me hervía la sangre.

Treinta minutos antes de la hora reglamentaria para el inicio de la competencia me encontraba realizando mis ejercicios de estiramiento cuando unos chicos se acercaron hacia mí.

—¿Vas a competir aquí?

—No, yo solamente me pongo el traje para repararle la moto a *los pistones* —contesté de manera áspera.

—Vale, no te molestes, es que son pocas las mujeres que compiten en estas categorías abiertas. ¿Me puedo hacer una foto contigo?

Sentí por un momento vergüenza de haber sido tan hosca, pero ciertamente me daba un dejo

de envidia ver que las estrellas del espectáculo fuesen solamente aquellos competidores. Además, ya era la tercera competencia en la que participaba en una categoría mixta y siempre se acercaban hombres con primitivos comentarios machistas.

—Disculpen, no fue mi intención ser grosera con ustedes. ¿Son aficionados de las carreras? ¿Tienen a algún conocido compitiendo?

—No, que va. No conocemos cercanamente a nadie. Hemos venido a pasarla bien. Nos encantan las motos.

—Está bien. Acérquense rápido que ya va siendo hora de que me vaya a la pista para tomar mi lugar.

Los jóvenes se acercaron mientras uno de ellos tomaba la foto. Pude sonreír con ellos, relajada y agradecida de tener mi pequeño momento de farándula antes de la competencia.

La inesperada nobleza de mis novedosos fanáticos me reconcilió momentáneamente con los agravios que había sufrido hasta el momento. Pero ese no era el objetivo de hoy. La verdadera batalla me esperaba en esos dos mil metros de pista de tierra. Respiré hondo. Mi cuerpo necesitaba absorber toda la energía posible de esa maravillosa mañana.

—Corredores, en sus puestos.

Miles de miradas sobre nosotros. Respiración profunda y pulso acelerado. Manos tensas y muñecas girando súbitamente el acelerador para garantizar que las respuestas del motor, con sus estridentes revoluciones, eran lo suficientemente inmediatas para vencer.

—¿Listos?

Motores elevando revoluciones al unísono. Embrague a fondo, primera velocidad colocada. Nuestras miradas fijas sobre el juez de partida, quien sostiene la bandera a cuadros con ambas manos, segundos antes de dejarla ante nosotros.

—¡Fuera!

Al soltar la manilla del embrague toda la potencia cinética del motor actuó sin clemencia sobre la rueda posterior. Una amplia estela de tierra quedó tras nuestra partida. Vítores y euforia desde las gradas reemplazaban el ambiente musical que se había pausado para dar inicio a la carrera. Y el viento, el dulce viento de la velocidad, comenzaba a ofrecer resistencia a medida que aceleraba.

—¡Adelante, adelante! —se escuchaba entre los gritos de la multitud.

De un total de dieciséis competidores, diez me habían superado en la largada. Luego de las dos primeras curvas la distancia entre cada uno se iba acentuando. La posibilidad de ganar velocidad no dependía tanto de la potencia de mi moto sino de escoger bien la ruta a seguir por el irregular fango, evitando los baches que ralentizan el avance.

A diez metros de distancia me aproximaba al primer salto. Antes de la rampa de despegue se veía fatal el terreno. De los diez corredores que llevaban la delantera, dos perdieron velocidad en el barro espeso de los baches y no lograron caer bien en la rampa de aterrizaje. Logré esquivar en segundos esos baches y gracias a mi salto pude adelantarlos.

En la segunda vuelta, el mismo salto volvió a darme una ventaja considerable y pude

adelantar al competidor que iba inmediatamente delante de mí. Saltar era como volar. Un tercio de la carrera se hacía prácticamente en el aire, a seis metros como mínimo del terreno.

Durante 30 minutos ya todos nos desenvolvíamos bien en el terreno y las distancias entre nosotros se habían ampliado considerablemente. Quedaban solamente dos vueltas para el banderazo final y siete motos me hacían tragar su polvo. De repente, algo inesperado sucedió. La moto del tercer lugar se abrió sorpresivamente en una curva y el cuarto competidor no pudo esquivarlo a tiempo. Ambos chocaron quedando atravesados en una curva cerrada de poco más de cinco metros de ancho. Escapes venía muy de cerca, detrás de ellos dos, y tuvo que frenar para poder esquivarlos, situación que supimos aprovechar las motos siguientes para adelantarlo. Había escalado hasta el quinto lugar en un abrir y cerrar de ojos. Delante de mí ahora estaban los cuatro restantes del club más invencible en estas competencias.

Después de varias vueltas, las difíciles curvas se habían vuelto un reto cada vez mayor, puesto que el tránsito repetido por los mismos caminos había arado la tierra suelta y creado zanjas cada vez más profundas que te podían hacer perder el equilibrio si no tenías la pericia de mantenerte perfectamente en medio del surco.

El corredor delante de mí era Nick Tuercas. Ya mostraba señales de agotamiento. En las últimas curvas no estaba cerrando adecuadamente su radio de giro y estaba recorriendo una distancia adicional innecesaria. Adelantarlo por la derecha en una curva cerrada se volvió una probabilidad que no dudé en intentar. Aceleré lo más que pude en la recta previa. Un grupo de personas del público se encontraba a unos escasos cinco metros del borde externo de la curva. Entre ellos, había una chica de camisa a cuadros con jeans rojos que sostenía una cámara de lente profesional y parecía conocerlo. Agitaba vigorosamente uno de sus brazos para hacerse notar. Era la distracción que necesitaba. Mientras él tomaba la curva por la mitad de la pista, mirando hacia la cámara, yo pude adelantarlo con velocidad por el lado interno. Después de posar para su foto, quedó sorprendido y desconcertado detrás de mi estela de polvo.

¡Cuarto lugar, cuarto lugar! Me faltaba solamente una posición para tocar el podio de premiaciones por primera vez en mi vida. Ese lugar tenía que ser mío. Ahora todo dependía de adelantar al siguiente; Alex Octanos.

La situación no era nada fácil. Habíamos entrado en la vuelta final. Su moto, de las mejores. El fuerte de Alex Octanos era la potencia que podía exigirle a su moto así que no había posibilidad de ganarle en las mismas condiciones. Pero en un terreno de motocross las condiciones no son las mismas para todos, de hecho, cada uno tiene sus propias condiciones según el recorrido que escoja. Así pues, mi única oportunidad era obligarlo a tomar una ruta en desventaja.

El salto más difícil terminaba en una curva hacia la derecha. Si tomabas el salto en la rampa de despegue desde la derecha, en línea recta, para caer en la derecha, caerías con mucho impulso y no podrías cruzar a tiempo para tomar la curva cerrada. Si tomabas el salto en la rampa de despegue desde la izquierda, en línea recta, caerías muy cerca del borde externo de la curva y el recorrido sería más largo. Lo ideal era tomar el salto en diagonal, desde la izquierda para caer entre el medio y el borde derecho de la curva. Todo depende de la trayectoria en la rampa de despegue, ya que en el aire no es posible cambiar de dirección.

Alcancé a posicionarme al lado de la moto de Alex Octanos, y antes de que pudiera acelerar

para dejarme atrás, maniobré para acercarme lo más posible hacia él. Su instinto fue el de evitar una colisión giró levemente a la izquierda. Antes de finalizar la rampa de despegue yo había logrado cambiar mi dirección hacia la derecha y caí en la curva en su extremo más cerrado. Logré sacarle cinco metros de ventaja que, gracias a la potencia de su moto, comenzó a acercarse rápidamente. Pero no llegaría a adelantarme antes de la meta final.

Una última bocanada de aire entró por mis pulmones. Pude saborear una mezcla de tierra húmeda con los restos de la combustión de las salvajes máquinas que cruzaron en primer y segundo lugar.

—¡No, no, noooo! ¡Maldita sea! ¿Cómo puede ser? ¡Demonios!

Ni los gritos ni las maldiciones que Alex Octanos vociferaba al adelantarme después de la llegada podrían borrar el hermoso instante que estaba viviendo.

Al fondo se escuchaba al narrador de la competencia nombrando a los tres primeros corredores en llegar a la meta. Escuché mi nombre. La práctica constante y el esfuerzo en el trabajo de mi moto habían rendido frutos. Antes de salir de la pista me quité el casco y dejé caer mi cabello liberando la coleta que lo sujetaba. El público aplaudía con mayor fuerza.

—Vencedores, por favor pasar al podio de premiaciones —llamaban por el altavoz.

Caminando a la plataforma del podio me encontré con los chicos que se tomaron la foto conmigo. Sentí especial cariño porque se acercaron a mí cuando no era nadie, pero ahora era la tercera finalista, y si alguien merecía la primera foto de mi éxito, eran ellos.

—¡Vengan chicos, vamos a tomarnos otra foto!

—¡Qué carrera has hecho! De infarto. Los saltos que diste para adelantar, la forma de tomar las curvas...

—Vale, no es para tanto. Todavía falta mucho en esta temporada. ¿Les gustó?

—Estuvo genial —contestó uno.

—Sí, fue maravilloso —dijo el otro.

Sobre el podio, en sus respectivos lugares, me esperaban Albert el Águila y Jeremías el Sucio, más serios que alegres.

—Pero miren lo que nos ha traído el río hoy —dijo Albert.

—Una novata en tierra de forajidos —contestó Jeremías.

—Si soy una novata entonces ustedes deberían revisar la categoría en la que están compitiendo. Están cayendo de nivel estrepitosamente. —respondí sin titubear.

Manteniendo la mirada seca, se miraron entre ellos. Tal vez así fue su sorpresa que ambos no sabían que responder. Al verse, buscaban en el otro algún tipo de complicidad que les permitiera salir al paso de inesperada presencia allí.

—Bueno, quizás no eres tan mala. Pero un poco de suerte le cae a cualquiera. Esta vez la suerte te tocó a ti. —agregó Jeremías, tratando de limpiarse el barrial que le acaba de salpicar de

su propio arranque verbal.

Si a estos idiotas les incomodaba mi éxito, era una doble ganancia. Quizás entre ellos mismos se atacan así normalmente. No lo sé. Nunca hay un micrófono en los podios de premiaciones que nos permita escuchar lo que están diciendo los vencedores rivales. O lo que están pensando los perdedores. Envidias deportivas hay a todo nivel, en diferentes formas, pero estoy convencida de que por ser mujer mi presencia les pudiese estar molestando particularmente.

—¿Qué te parece si salimos más tarde a celebrar tu tercer lugar? —dijo Albert.

—Dicho de esa forma cualquiera pensaría que estoy muy por debajo de ti. Fíjate que del segundo al tercer puesto no hay mucha distancia.

—Sí la hay. No es mucha, pero la hay —contestó señalando con un dedo mi escalón.

—Vamos, no seas orgullosa —intervino Jeremías—. Nosotros tenemos la costumbre de celebrar juntos, sin importar quien haya ganado o perdido.

Ignoré intencionalmente la petición de Jeremías, mientras me concentraba en algo más importante; disfrutar mi momento en la premiación. Ocasionalmente levantaba la mano para saludar al público que seguía tomando fotos, especialmente a los reporteros de los medios deportivos que permanecían en primera fila.

Las autoridades se acercaron para colocarnos las medallas. No pude evitar la tentación de morder mi bronce, como quien comprueba que la moneda que ha recibido es de valor.

Cinco

Al final de la tarde estaba acostada en el piso, con el pecho hacia abajo y la cabeza de lado, a un costado de mi paciente favorita, mirándonos a los ojos, manteniendo la única comunicación que podía recibir de ella, mientras la motivaba a hacer los ejercicios físicos del día.

—Vamos, cariño. Tienes que moverte así, tú puedes.

Me respondió con sonidos guturales y respiración de protesta, tratando de justificar su esfuerzo. Claro que era difícil. Con apenas minutos de ejercicio podía agotarse, lo sé, pero tenía que insistir.

—Vamos, Lisa. Si quieres que te meza debes moverte así.

En un buen intento, la niña logró levantar su cabeza ligeramente del suelo y la mantuvo en el aire por unos cinco segundos. Lo que para un bebé de meses es un movimiento sencillo de realizar, para Lisa, de cuatro años, era todo un reto.

Los médicos no habían logrado determinar con precisión la enfermedad que la había incapacitado. Hasta ahora el tratamiento se limitaba a intentar mejorar su calidad de vida. Permanecía acostada durante todo el día y en los últimos meses la alimentación había tenido que ser principalmente líquida, porque en varias ocasiones ya había tenido conatos de ahogo con la comida semi sólida.

En un panorama tan desalentador como el que podían sentir sus padres al estar conscientes de que su estado no estaba progresando como el resto de los niños de su edad, Lisa regalaba unas sonrisas que eran únicas, especiales. Tal vez no entendía perfectamente el significado de las palabras con las que yo intentaba hablar con ella, pero algo le llegaba.

—¡Te felicito! ¡Lo lograste! —exclamé con alegría, al tiempo que me levantaba para tomarla en mis brazos y mecerla en mi regazo durante algunos minutos— Eres muy valiente, tienes que seguir así, no te dejes vencer.

Su rostro ya no dibujaba el dolor del esfuerzo sino una felicidad profunda. Amaba que la consintiera así. Después de las primeras terapias, en las que el avance era muy lento, descubrí que esa forma de darle cariño era lo que más la motivaba. Así fuimos creando nuestra pequeña y peculiar sociedad. No tenía que hablarme, yo sabía cuándo, cómo y dónde únicamente con sus miradas.

—Ahora tenemos que hacer otro ejercicio —inmediatamente su sonrisa se esfumaba y volvía su expresión de malcriada y rebelde—. Vamos, te prometo que este será el último ejercicio de hoy. Si lo haces bien, te vuelvo a mecer.

Dichas las palabras mágicas, logré disuadir su actitud negativa y comenzamos con un nuevo movimiento. Pequeños pasos para nosotros, grandes hazañas en el cuerpo de ella. Nos divertíamos juntas, cada una con su manera de ver a la otra. Volvía a mi infancia tratando de jugar con Lisa durante esas sesiones.

Marta, la madre de Lisa, nos había estado observando durante los últimos minutos de la sesión sentada en el mesón alto que separaba la cocina de la sala. Su cara estaba iluminada con una sonrisa suave pero profunda, en medio de un estado de satisfacción que solo puede reconocerse en una madre que agradece el cariño que recibe uno de sus hijos en estado de vulnerabilidad. Sí, lo sé, todos los niños son vulnerables, pero si a eso le sumas una enfermedad sin diagnóstico es como estar hablando de una obra de arte que se deshace con tal solo mirarla. No hay burbuja mental ni real que puedas usar para proteger a un ser tan expuesto a una amenaza así de incierta.

—¿Te puedo ofrecer un café, Loura? —dijo desde su silla.

—Sí. Me encantaría.

—¿Sabes que el próximo mes es el cumpleaños de Lisa? —dijo de espaldas, mientras hurgaba en los gabinetes superiores de la cocina para encontrar las tazas.

—¿En serio? ¡Qué buena noticia! Este angelito pronto tendrá cinco años.

—Estoy segura que para ella será muy importante verte ese día. Espero que puedas acompañarnos en la celebración.

—No faltaría por nada del mundo.

Llevé a Lisa a su habitación y la dejé bajo la supervisión de la señora que ayudaba a la familia en el cuidado diario. De regreso a la sala, incliné hacia atrás la silla alta de madera haciendo espacio para sentarme. En la pared lateral colgaba una cartelera con fotos de Lisa a lo largo de su vida, desde el nacimiento hasta el presente.

Marta colocó las dos tazas de café sobre la mesa y se sentó frente a mí.

—Gracias, Loura, por todo —extendió su mano y sujetó mi brazo.

—Es mi trabajo, me gusta lo que hago.

—En verdad, estamos muy agradecidos, desde que vienes a hacerle las terapias a Lisa hemos visto esos pequeños avances que son casi milagrosos.

—Esa es la idea. Vamos a seguir progresando juntas. —Tomé un sorbo con cautela mientras sujetaba la taza con ambas manos, anticipando que el café pudiera estar todavía demasiado caliente—. ¿Algún progreso con el diagnóstico?

El brillo en el rostro de Marta se apagó. Suspiró y bajó la mirada hacia una agenda donde solía anotar las actividades médicas de Lisa.

—Esta semana el doctor nos sugirió unos exámenes adicionales porque los del mes pasado no fueron concluyentes.

—No te preocupes —dije, y esta vez fui yo quien extendió la mano para sujetar la de ella a la altura de la muñeca con la que se aferraba a la taza— Estoy segura de que pronto sabrán lo que sucede.

Seis

—Leo me ha pedido que vayamos más en serio, pero la verdad es que no sé que hacer. Hace unos meses estábamos muy bien como amigos. Tengo miedo de que las cosas entre nosotros no funcionen y después sea una situación incómoda y ya no podamos seguir divirtiéndonos juntos — dijo Kira, resoplando al final con preocupación.

Sobre la alta mesita de madera del bar destacaban nuestros tragos. Eran unos cocteles más femeninos que los habituales para acompañar nuestra noche de chicas. Habíamos decidido no invitar a los chicos para poder hablar de Leo con libertad, y bromear sobre Nano ocasionalmente.

El lugar estaba decorado con una temática marina: piso de madera, redes y portillos de barcos en las paredes, y una escafandra tamaño real en la esquina. Música suave y botanas de calidad completaban el cuadro perfecto para que ese fuese nuestro sitio ideal para conversar.

Faltaba el olor del mar, eso sí, pero ahí no había mucho que hacer. No estábamos en la costa, ni mucho menos cerca. En cambio, se podía percibir el típico olor de bar junto con la fragancia de la madera, sin llegar a lo desagradable, afortunadamente.

—¿Crees que Leo va más en serio que tú?

—¡Claro que sí! Yo ni siquiera había pensado en la posibilidad de tener una relación seria. Creo que simplemente nos hemos dejado llevar por la emoción de nuestras salidas en las noches. Él está soltero ahorita. Yo también he estado sola. Pero siempre hemos sido amigos.

—Te has enrollado con Leo. Ahora quieres dejar de salir con él.

—No, no quiero dejar de verlo.

—¿Quieres seguir saliendo con él, pero no quieres una relación seria?

—Creo que sí. No lo sé.

—Es decir, estás confundida, lo único seguro es que estás confundida...

—Eso creo. Necesitaba hablar contigo de esto. Tú me conoces, lo conoces a él.

—Está bien. Vamos por parte. ¿Cuándo comenzó todo?

Kira se recogió el cabello detrás de la oreja. Suspiró profundo y tomó su trago para sorber un poco antes de comenzar a hablar de nuevo. Su rostro era una mezcla de frustración con alegría, miedo con deseo, se mordía los labios pero a la vez le brillaban los ojos mientras se tomaba su tiempo para recordar el momento justo en que su amigo dejó de ser un amigo, para convertirse en una aventura emocionante y desconocida.

—¿Recuerdas hace un mes que te estuvimos llamando para invitarte al Always Harley y no contestaste?

—Sí, recuerdo. Ese día estaba agotada y no quise salir de mi casa.

—Exacto. Era miércoles. Ese día tampoco fue Nano. Y yo estaba ahí con sola con Leo. No había muchas personas en el bar y yo me había estado sintiendo un poco melancólica porque ya llevaba seis meses sin salir con nadie. No porque me faltaran invitaciones, pero la verdad no había ninguna de esas que valiera la pena, y siempre he preferido estar con amigos que perdiendo el tiempo con algún idiota que no me parezca interesante...

—Salud por los idiotas. —interrumpí, mientras levantaba la copa riendo para brindar con Kira.

—Sí. ¡Salud! Quizás seamos tontas, pero no comemos idiotas.

—En fin, estábamos ahí, Leo y yo, bromeando. Luego hice un último intento en llamarte y no contestaste. Nano tampoco contestó. Yo dije «cada vez somos menos», pensando en que quizás ustedes ya tenían un plan de pareja con alguien, y Leo simplemente contestó «estamos tú y yo y eso es importante» y yo sentí como un flechazo entraba por mi espalda, sorpresivamente, sin esperarlo. A partir de eso punto se acabaron las bromas, yo solo empecé a escucharlo en serio y veía su boca. Tenía unas ganas inmensas de besarlo, pero pensaba, «es mi amigo, no puedo».

—Oh por Dios. Eso estuvo intenso. ¿Entonces no lo besaste? ¿Y después?

—No, no. No lo besé, y el tampoco lo intentó. Claro, no le di señales de que yo quería. Estuve disimulando el resto de la noche. Pero una vez que te imaginas que besas a alguien es como si en verdad lo hubieses besado en tu mente, pero sin que él lo sepa, se vuelve parte de tus recuerdos, pero no de los de él. ¿Me entiendes? Me sonrojé después de imaginarlo. Sentí vergüenza y al mismo tiempo aún quería hacerlo. No había pasado en realidad, pero ya lo había imaginado y lo tenía frente a mí, sin saber dónde esconderme a pesar de que él no sabía nada de eso.

—Entonces ahí no comenzó todo. No se besaron, no se tocaron, no se dijeron que se gustaban, ni siquiera hablaron de tener algo.

—Ay Loura, para mí todo comenzó ahí, porque no pude volverlo a ver simplemente como un amigo.

—¿Y cuando se besaron por primera vez?

—El día que nos descubriste saliendo del baño juntos.

—¿En serio?

—En serio.

Kira repitió el mismo ritual antes de aventurarse a seguir contándome lo que había desencadenado el primer beso con Leo. Tomó suficiente aire, se recogió nuevamente el cabello y luego de observar en la profundidad del líquido de su copa, bebió hasta el fondo los últimos dos dedos que quedaban de la bebida.

—Después de aquel día que empecé a tener imágenes de él y yo besándonos hubo una salida donde estábamos todos y fue lo bastante incómodo. Yo me quise ir temprano a mi casa esa noche.

Luego llegó la noche que estábamos en el Always Harley y tu hiciste la carrera con ese tal Francisco.

—Sí, recuerdo.

—Bueno, yo llegué antes que Leo, y estaba en la parte de afuera del bar con Nano. Una hora después llegó Leo y cuando me saludó lo hizo con una mirada que me atravesó. Se acercó a mí, me besó más cerca de la boca que de la mejilla, y me dijo casi susurrándome «¿Cómo estás?» y yo, literalmente, me derretía por dentro.

—Yo creo que en todo el tiempo que tengo conociendo a Leo nunca lo había visto ser tan cálido con alguna chica. De verdad parece que le gustas mucho.

—¿Tú crees?

—Sí. Totalmente. Pero cuéntame, ¿qué pasó luego?

—Después de un rato le pedí que me acompañara al baño. Tú aún no habías llegado y yo no quería ir sola. Al principio quería que se quedara en la puerta como mi guardaespaldas, pero no pude resistirme más y, cuando abrí la puerta para entrar, agarré su mano y lo obligué a entrar conmigo. Ahí, justo ahí lo besé. Tal vez era el sitio menos romántico del mundo, pero me sentí más en libertad de besarlo por primera vez dónde nadie nos viera.

—Sin testigos. Como si todo siguiera ocurriendo dentro de tu imaginación.

—Sí, eso creo. Hasta que llegaste tú y nos descubriste. Eres la única que lo sabe. Por eso necesitaba hablar contigo.

Kira y yo nos habíamos conocido hace apenas un par de años en el bar Always Harley. En una de esas noches de competencias la vi llegar frente al bar. Botas altas de cuero, jeans negros y una camisa amarilla casi fluorescente. Nadie podía pasar desapercibida su pinta. Cabello castaño oscuro, con una corona trenzada en la parte posterior que permitía que cayera el resto del cabello sobre su espalda.

Nos hicimos amigas casi de inmediato. La primera impresión que tuve de ella es que era una chica completamente natural y espontánea, sin malas intenciones, algo inocente para su edad. No había cambiado desde ese día. En ese momento, hablando con ella, parecía que estaba hablando con una quinceañera que confesaba su primera ilusión. De seguro no lo era, pero ella parecía ser de esas personas que revivían emocionalmente ese estado de inocencia cuando le gustaba alguien.

Ella sentía que estaba haciendo algo mal, y quería que de alguna forma yo le diera mi aprobación para seguir haciéndolo. No sé cuando me convertí en una especie de hermana mayor para ella. Se siente bien contar con la confianza necesaria para tener esa influencia en alguien, pero me hacía sentir un poco incómoda ser “la mayor” aunque en edades seamos iguales. Prefiero pensar simplemente que soy la única mujer en el grupo, aparte de ella, y por eso siente que debe contármelo antes de tomar una decisión.

—Si no quieres ir en serio, no lo hagas. Tal vez Leo tiene miedo de quedarse un rato más en una relación sin compromiso contigo pero, desde el momento en que te sientas presionada, no vas a poder seguir disfrutando de lo que vives ahora.

—¿Le digo que no entonces?

—Dile que no al compromiso. Sigue saliendo con él si quieres. Eso sí, si un día el aparece

con otra chica en el bar no te vayas a sentir mal.

—Ay Loura, no digas eso, no seas así conmigo.

—Te digo la verdad.

Kira quedó con cara de niña regañada por un rato, pensando en sus opciones. Luego la música cambió y pareció aterrizar de nuevo en tierra. Sonrió de nuevo, al verme ahí frente a ella.

—¿Y cómo anda cupido en tu vida? Ya llevamos rato hablando solamente de mí, pero tu no me has contado nada. La otra noche Francisco se veía interesado en ti.

—Paso. No me gusta para nada. Es un idiota presumido.

—Entonces... ¿no hay nadie que te interese?

—Hay un paciente... bueno, hay un chico.

—¿Un chico paciente? No entiendo.

No quise aclarar mucho el asunto. Ya me daba un poco de vergüenza la situación.

—Es un chico, con el que he estado haciendo cosas relacionadas con mi trabajo. Es atractivo y parece que le gusto. Pero más allá de eso no hay algo que me llame la atención de él.

—Tal vez no lo conoces lo suficiente.

—Sí, tal vez. Pero tampoco quiero adelantar nada. Solo digo que es guapo. Eso es todo.

—Desde que te conozco no he sabido de ningún novio tuyo. ¿No te gustan los hombres?

—Claro que me gustan, tonta.

—Pero nada serio, por lo que veo. Mira ahí, por ejemplo, esos chicos de la barra. Hay dos candidatos solteros que podríamos conocer —señaló Kira, apuntando disimuladamente con sus labios hacia dos hombres altos que estaban de espaldas en la barra.

Ambos estaban esperando que el cantinero les entregara un par de botellas de cerveza. Uno de ellos permanecía erguido mientras su compañero se apoyaba con los codos sobre el mesón de la barra. Una vez servida, el que estaba apoyado se levantó, tomó la botella y con la manga de su camisa limpió el pico antes de sorber el primer trago. Justo ahí, en ese instante, en que ambas lo estábamos mirando, volteó y se recogió el cabello.

—Parece que ya nos vieron. ¿Qué te parece? ¿Hablamos con ellos un rato?

—Oh, no. No es una buena idea.

Cuando el primero de ellos volteó pude reconocerlo. Le hizo señas a su compañero para que también volteara a vernos y también reconocí al segundo, eran Albert y Jeremías, mis recién compañeros de podio en la carrera pasada de motocross.

—Pero que grata sorpresa. Sin haberlo planeado finalmente estamos reunidos los ganadores.

—¿Ustedes ya se conocen?

—De lejos, pero sí. Kira, ellos son Albert y Jeremías, corredores de motocross.

—Querrás decir... ganadores de motocross —insinuó sarcásticamente Albert.

—Batieron el récord. Encendieron los motores del ego en 3 segundos —repliqué.

Kira estaba de buen humor y se reía a carcajadas de nuestra acalorada pero sana discordia. Los invitamos a sentarse con nosotros para hablar de tonterías el resto de la noche. Hasta ahí había llegado nuestra conversación sobre mí.

Albert no desperdiciaba la oportunidad de invitarme ocasionalmente a alguna cita, a lo cual siempre me negué o solo lo ignoraba y cambiaba la conversación.

Jeremías, por su parte, intentaba sembrar flores en el jardín de Kira, pero por lo visto ella estaba satisfecha con su jardinero Leo, al que ya le había escrito para que la fuera a buscar al bar.

Me despedía de ambos en la salida del bar, cuando Albert intentó hacer su última jugada.

—¿Podrías llevarme? Es que vine con Jeremías, pero él se va al otro extremo de la ciudad.

—Lo siento. No llevo a nadie, viajo sola. Pero puedo prestarte el teléfono para que pidas un taxi.

—Está bien, gracias. Tengo el mío.

Encendí mi superbike, aceleré y dejé que la imagen de Albert adornara mi retrovisor mientras me alejaba. No había visto la hora, pero seguramente ya era más de medianoche. Las calles de la ciudad estaban vacías. Alguno que otro perro vagabundo caminaba buscando comida. ¡Atom! Pensé, mi fiel Atom debe estar esperándome despierto.

Sobre la avenida principal resonaba el rugido de mi moto. Me detuve en un semáforo que a esa hora de la madrugada simplemente parpadeaba con su luz amarilla. Instintivamente crucé. Volví a cruzar. Estaba frente a la casa de la veleta de viento. Esta noche no se movía. No había viento.

Siete

Sobre mi cama descansaba el cuerpo de una doncella que acostumbraba cabalgar hasta muy tarde. No había gallos de corral que cantaran al amanecer, pero sí había un perro que ladraba a su dueña, impaciente por comer.

—Ya voy, Atom—baluceé mientras me hundía en la almohada.

Apenas pude espabilarme extendí la mano para alcanzar el móvil sobre la mesa de noche y revisé la hora.

—¡Dios mío! ¡Ya es tarde!

Me levanté más rápido de lo que mis piernas podían reaccionar y terminé cayendo precipitadamente en el piso. Honestamente, podría haberme quedado otros quince minutos ahí debajo si no fuese porque tenía un compromiso que cumplir.

Me levanté nuevamente, con más fuerzas, y en poco tiempo ya me había arreglado. Bastaba un poco de corrector para disimular las ojeras matutinas y recogerme el cabello. Rápidamente le dejé el desayuno a Atom en su plato, quien se aseguró de que no lo olvidara con el apuro que llevaba. Un par de ladridos cuando tomaba las llaves de la moto fue suficiente.

—Perdón, cariño...

Corrí al garaje y tomé uno de mis tres cascos protectores sobre el gabinete de herramientas. El casco de color naranja metalizado; brillante y llamativo, sin visera, ideal para baja velocidad y para lucir mis lentes oscuros.

Tomé la vespa y emprendí el camino hacia el Hospital General de la ciudad. Con el tráfico de esta hora de la mañana habría sido una pesadilla llegar a mi destino en auto, pero gracias a la ligereza y versatilidad de mi pequeña *scooter* de 125cc, pude librarme de la congestión.

Las amplias calles del centro de la ciudad eran convenientes para encontrar al menos un metro de ancho libre a ambos lados. Solamente había que tener cuidado de no ser sorprendida por alguna puerta imprudente de un pasajero que intentara bajarse de un auto sin haber estacionado previamente. También podía llevarme una que otra sorpresa con los peatones que, inadvertidamente, intentaban cruzar las calles fuera de la zona del rayado.

Por lo demás, era un paseo que se podía disfrutar, aunque no fuese la intención del momento; vistosas aceras construidas con adoquines, grandes palmeras decorando las zonas verdes laterales y muchos pájaros que encontraban buen alimento en los frutos de ellas. Docenas de personas caminaban en ambos sentidos, teniendo que esquivarse eventualmente. La ciudad se movía, estaba

viva y nada detenía ese pulso. Amaba este lugar desde que era pequeña.

Apresuradamente entré al estacionamiento del Hospital, y busqué el puesto disponible más cercano a la entrada del edificio. Un auto se acercaba lentamente por lo que no dudé en acelerar para ganarle el puesto.

—¡Lo siento! Voy tarde —grité, aunque dudo que me haya podido oír teniendo mi casco puesto.

Sin detenerme a detallar la situación, apagué mi moto y entré corriendo al edificio.

—El doctor lleva 10 minutos esperándote, Loura —Me susurró con preocupación la amable secretaria del especialista que me remite los pacientes para tratamiento.

—Lo siento, ¿crees que pueda recibirme todavía?

—Sí, está bien, puedes pasar. Le he dicho que venias en camino. Que sea la última vez.

Sentado, con un aire formal e impecable, se encontraba el doctor Oliveira, uno de los traumatólogos más reconocidos de la ciudad. Trabajo con él desde que me gradué. Aunque la mayoría de los casos que atiende no son graves, con el tiempo me ha ido confiando también algunos de sus casos importantes, los que requieren una atención más dedicada y profesional. Me gusta que piense en mí para esos casos delicados porque me confirma que he ido cumpliendo sus expectativas en la evolución que espera de sus pacientes.

—¿Cómo te ha ido con Roberto? —inquirió, mientras su mirada permanecía fija en el monitor de su laptop, como si estuviera revisando el informe de alguno de sus pacientes. Me parecía intencional que comenzara su conversación precisamente hablando de ese paciente y a modo de tuteo.

—¿Cómo está, doctor? Disculpe la tardanza de hoy. Roberto evoluciona favorablemente, creo que con dos sesiones más ya podemos terminar su tratamiento.

—¿Y qué te ha parecido él?

—Bien... —no sabía exactamente que contestar. ¿Acaso debía decirle que me parecía un hombre atractivo? ¿Que me hacía ponerme tensa cuando comenzaba a hacerme preguntas personales?— Es una persona agradable, en general.

—Vamos, Loura. No te voy a hablar con rodeos, ya me conoces —dejó de mirar la pantalla y volteó hacia mí—. Desde hace tiempo no tienes pareja. No sé porqué ni tampoco te voy a incomodar preguntándote las razones, pero Roberto es uno de esos pocos pacientes de tu edad, soltero, con un buen trabajo al que deberías intentar conocer un poco mejor.

Sus palabras me cayeron como un balde de agua fría, no sabía que contestar, pues no estaba ni en contra ni a favor de la idea, sino todo lo contrario, o no sé, quizás tenía razón y yo andaba un poco distraída de la vida.

—Está bien —contesté sin agregar más, con respeto de su puesto y su figura de autoridad. Creo que debí decir más bien un “acepto la sugerencia, pero paso por ahora”.

—Haces un buen trabajo. Eres la mejor fisioterapeuta con la que he trabajado en mis últimos años de ejercicio médico. Por mi edad te veo con un afecto especial. Me gustaría verte seguir creciendo también a nivel familiar.

¡Dios! ¿Será que repartieron mucho café adulterado esta mañana y le ha dado por sermonearme a mi doctor?

—Eso es todo lo que te digo. Tú eliges con quien. Las oportunidades van y vienen. Escoge una para ti. La vida pasa muy rápido.

No pude evitar el impulso de ver la fotografía de su esposa sobre el escritorio. Treinta años de matrimonio y contando. Dos hijas adolescentes que ya mostraban sus primeras inclinaciones a escoger medicina como futuro profesional. La especialidad definitiva sería escogida por ellas mismas cuando tuvieran la oportunidad de sumergirse un par de años en las materias básicas de la carrera.

Desde su puesto en el hospital ha salvado muchas vidas, pero otras pocas, lamentablemente se han ido. Nadie mejor que él sabe lo breve que puede ser la vida para algunos. Recordarlo me dio un breve pero desagradable escalofrío que no quisiera volver a sentir. Era como una amenaza. No me amenazaba el doctor. Era como una amenaza del tiempo, de la vida.

Ocho

Entrar de nuevo al apartamento de Roberto ya no sería lo mismo. Algunas veces comenzaba a sentir que estaba en medio de un complot entre mi doctor y mi paciente para entregarme como novia según las tradiciones de algunas culturas arcaicas. Otras veces, no me parecía tan grave o escandaloso el asunto, y pensaba que no sería mala la idea darme una oportunidad para conocer a Roberto, eso sí, sin ningún compromiso.

Quizás yo estaba dándole demasiada importancia al asunto. Quizás me ahogaba en un vaso de agua, donde yo misma había servido el agua, y desde el borde superior, con gorro de natación y todo, me había lanzado al fondo. Y si lo pienso bien, creo que no sería la primera vez que lo he hecho.

Si estar ahí antes de la conversación con el doctor Oliveira ya era incómodo, ahora el nivel se había vuelto significativamente superior. No solo me molestaba la incomodidad en sí misma, también me molestaba que se hiciera evidente. Si me ponía más seria y cerrada estaría alimentando el asunto. Si me ponía demasiado relajada y abierta, podría dar una falsa impresión. En eso se resume mi vida en este instante, caminar por el delgado hilo del equilibrio de las impresiones sociales, que a veces ni funciona, porque cada persona tiene su propio concepto de ese equilibrio.

—¡Hola, Roberto! ¿Cómo te ha ido? —lo saludé con tanta efusividad que creo que exageré un poco.

Lo abracé con una fuerza particularmente mayor. Siendo fisioterapeuta no puedo negar que los músculos de mis brazos, aun siendo delgados, son particularmente efectivos. Trabajo diariamente con movimientos y actividades físicas. Por supuesto que podría hacer entrenamiento, por ejemplo, no me vendría mal trotar un poco en las mañanas o hacer ejercicios anaeróbicos con las piernas para ganar mayor volumen. Pero los brazos siempre los tenía activos viendo al menos un paciente al día, y esos días casi no ocurrían. Normalmente debía atender entre 4 y 6 pacientes diarios.

Me imaginaba a Roberto abrazando a otras chicas; contadoras, abogadas, asistentes. Salvo que alguna de ellas asistiera regularmente a un gimnasio, no podrían haberlo abrazado más fuerte que yo el día de hoy. La diferencia, para él, sería evidente.

Desconcertado, se hizo a un lado en la puerta y me dejó pasar. Luego de algunos segundos, finalmente respondió:

—Bien, bien. No he hecho mucho, ya sabes, no puedo salir de aquí. Afortunadamente esto acabará pronto gracias a ti.

—Si te portas bien, hoy terminamos.

—...la terapia. —quiso aclarar con énfasis.

—Sí, la terapia. ¿Qué otra cosa podría ser? —entré en su juego, por mera curiosidad.

—Digo que no es necesario que dejemos de vernos, aunque ya se haya terminado la recuperación de mi rodilla.

—¿Por qué? ¿Tienes pensado lastimarte alguna otra parte del cuerpo la próxima semana?

—O sea, Loura, lo que quiero decir es que me gustaría invitarte a salir en otras circunstancias.

—Pero tú sabes que siendo mi paciente no puedo permitirme tener otro tipo de contacto que no sea el profesional.

—Pero si termina la terapia hoy, ya no serás mi fisio y no importarán esos detalles éticos.

—Alguien aquí parece que se ha estado leyendo cuidadosamente el reglamento del ejercicio de la profesión con fines de hacer planes maquiavélicos.

—No, nada maquiavélico. Solo digo que podríamos salir a cenar la próxima semana. Comer es una actividad sana que te ayuda a tener energía, fuerza y buena salud.

—¿Crees que no tengo buena salud?

—No quise decir eso. Yo te veo muy bien y, de hecho, quiero contribuir a que te sigas viendo así... —dijo, mientras probaba nuevamente el alcance de la flexión de su pierna—. Mmmm —se quejó disimuladamente para no evidenciar su dolor. Aguantó la respiración, y resopló cuando finalmente liberé la tensión.

—Creo que la próxima semana seguirás siendo mi paciente. Te falta un poquito más para ser libre. Así que por ahora mi salud seguirá dependiendo de la comida que escoja cocinar en mi casa.

Nueve

—¡Guau, guau! —ladraba Atom.

Con dificultad, intenté cubrirme la cabeza con la almohada, aferrándome a unos minutos más de sueño.

—¡Guau, guau! —volvió a ladrar.

Era todo un lujo gastarse un despertador de cuatro patas, y una cola, tan eficiente. ¿O no lo era? En todo caso yo trataba de regresar a esa hermosa playa paradisíaca donde me servían un daiquirí tan refrescante que la humedad del ambiente se condensaba en el cristal de la copa y, a pesar del sol, la brisa hacía que fuese una tarde de verano más refrescante que calurosa. Pero ya era imposible. Solo pude gritar y quejarme con la almohada en la cara, y preguntarme porque nunca es domingo cuando los sueños son tan hermosos y tropicales.

—Ya voy, necio.

Levantada, comenzaba a organizar mi día mentalmente y, de nuevo, había olvidado que hoy tenía la entrevista de rutina con el doctor Oliveira. ¡Otra vez tarde! ¡Y de manera consecutiva!

Corrí. En este punto, parecía que estaba haciendo más de dos cosas a la vez; mientras me cepillaba los dientes, arreglaba mi cabello, usaba el desodorante y comenzaba a colocarme el uniforme de trabajo. Estuve a punto de decirle a Atom que abriera el gabinete y se sirviera el mismo el desayuno, pero no, todavía no llego a eso.

—¿Café, café? —murmuré mientras revisaba la cocina, pero no quedaba nada, ni siquiera un poquito del café de ayer.

En un parpadeo estaba a toda velocidad, sobre mi *scooter*, esquivando el tráfico de la ciudad. Esquina, esquina, calle, avenida, semáforo, cruce, y listo. Finalmente entraba por el estacionamiento del hospital, siempre lleno a reventar. Dos vueltas tuve que dar dentro del mismo hasta que, finalmente, el destino me iluminó con un puesto libre.

Carrera final, los últimos 20 metros planos por el pasillo de los consultorios hasta la oficina del doctor Oliveira, donde la amable secretaria me esperaba con cara de preocupación.

—Lo siento... yo...

—Loura, ¿leíste mi mensaje?

—No. ¿cuándo me lo enviaste? Seguramente venía en la moto y no lo escuché.

—Bueno, no importa. Te escribí para avisarte que el doctor fue llamado por una emergencia

en la otra clínica y hoy no podrá recibirte. Se ha ido.

¡Maldición! Sabía que tenía que broncearme una hora más en esa playa. La próxima vez duermo con la puerta cerrada para evitar que mi peludo despertador entre al cuarto e interrumpa mis oníricas vacaciones. No solo me he perdido el paraíso de mis sueños, sino que he tenido que salir sin asearme con calma y sin tomar ni siquiera el café. Terrible suerte tengo esta mañana.

—Lo lamento mucho, Loura, traté de avisarte apenas me enteré —dijo la secretaria del doctor, tratando de consolarme como si estuviera oyendo mis pensamientos.

—Está bien, son gajes del oficio médico. ¿Reprogramamos para la próxima semana?

—Sí. Te confirmo con un mensaje.

—Bueno...

Me despedí resignada.

De regreso al estacionamiento, por el pasillo del hospital, había una máquina dispensadora de café. No sería el mejor café del mundo, pero era lo menos que me podía regalar para relajarme después de tanto afán. Saqué unas monedas para introducirlas en la rejilla del aparato, seleccioné un *latte* y esperé. Esperé más. Seguí esperando, y nada sucedía. Ni ruido, ni líquido fluyendo, nada. La condenada máquina también se había alineado con los astros de mala suerte. Lo golpeé con la palma de mi mano dos veces, pero no logré que respondiera.

No quise insistir. No quiero pelear con un aparato que no entendería las maldiciones que gritaría en otras circunstancias. Di media vuelta y seguí caminando hacia el estacionamiento. A mitad de camino volteé para ver con mi cara de rabia, por última vez, a la máquina que me había privado de mi cafeína matutina. En ese momento observé a un hombre, con una moneda en la mano, que se acercaba a ella.

—Otro que va a perder su dinero —murmuré

Me detuve en seco para observar cómo la máquina le haría lo mismo a él. Quería sentir que yo no era la única abusada por ella esa mañana. Vi que introdujo la moneda, pero la máquina no la tragó, sino que la devolvió por la ranura del cambio. El hombre se quedó desconcertado. La volvió a introducir, y la dispensadora de café la devolvió de nuevo. La guardó en su bolsillo. Seleccionó el tipo de café, y la máquina se lo sirvió. Tomó el envase y se disponía a probar el primer sorbo cuando lo interrumpí.

—¿Queeeeé? —grité y salí corriendo hacia él— ¡Oye! Ese es mi café...

—¿Perdón? —dijo, sorprendido.

—Sí. Que te digo que ese es mi café. Yo había pagado pero la máquina nunca me lo sirvió.

—Lo siento. No sabía. No quiso aceptar mis monedas, y comenzó a titilar la luz de «seleccionar» en los botones.

—Está bien. Imagino que ahora si aceptará tu pago. Quizás mi moneda no había terminado de caer y tú le ayudaste.

—¿Tu crees? Vamos a intentar.

Sacó de su bolsillo nuevamente las monedas y las introdujo a la máquina. En ese momento todo fue diferente. El caprichoso aparato no las devolvió y comenzaron a titilar las luces de

seleccionar.

—¡Funcionó! A ver, ¿cuál sabor querías?

—*Latte*.

—Igual que yo —dijo con satisfacción, mientras presionaba el botón correspondiente—. Aquí tienes... y disculpa, no fue mi intención robar tu café.

—Gracias. Perdóname a mí. Creo que exageré un poco. Que tengas un buen día —le deseé.

Di media vuelta y me alejé feliz de tener finalmente mi café. Por fin algo salía bien.

—Hey, espera. Yo te conozco —dijo, mientras señalaba mi casco naranja.

—¿Sí?

Se acercó corriendo mientras yo seguía caminando hacia el estacionamiento y dando sorbos al café cada tanto.

—Te reconocí por el casco. Andas en moto, ¿verdad? Tú eres quien me ha quitado el puesto dos veces. La primera vez casi te choco. Tuve que frenar de golpe porque te atravesaste súbitamente. Todas las carpetas con papeles que llevaba en el asiento cayeron desordenadamente en el piso del auto. Tardé más de una hora ordenando todo de nuevo. Y hoy volviste a hacerme lo mismo.

—¿Yo? No creo —dijo sarcásticamente—. ¿No te habrás confundido?

—No. Estoy seguro. Esa es tu moto —dijo señalando efectivamente mi vespa.

—Pero seguro conseguiste puesto unos segundos después, ¿no? A ver. ¿Cuál es tu carro?

—Pues no. Esperé varios minutos, di varias vueltas y no pude encontrar puesto en el estacionamiento y ya se me estaba haciendo tarde para la reunión. No tuve otra alternativa que salir y estacionar el auto afuera. Allá lejos —dijo, señalando hacia la calle externa, pero allí no había ningún vehículo.

Al ver mi cara de desconcierto, él mismo volteó para comprobar que en la calle no estaba ningún vehículo estacionado. Ni siquiera el de él.

—¡Mi auto! Se lo han llevado.

—Creo que ahí no se puede estacionar. La próxima vez espera un puesto adentro.

Se fue corriendo hasta el lugar donde recordaba haber dejado el auto. Yo había terminado el café y me estaba ajustando al casco para irme a atender a mi primer paciente del día. Al menos llegaría temprano a esa cita.

Mientras encendía la moto, el hombre se acercó de nuevo.

—Se lo ha llevado una grúa del estado. Han dejado escrito un mensaje en el lugar.

—Lo lamento mucho. Espero que puedas encontrarlo.

—Oye, oye. No me dejes así. Necesito que me lleves a buscar el auto. Por ti no pude estacionar adentro.

—Lo siento, no acostumbro a llevar pasajeros y la verdad tengo cosas que hacer.

—En serio, te lo ruego. También tengo cosas que hacer y necesito ir urgente a buscar el auto.

Tengo documentos importantes allí que son de mi trabajo. Con el tráfico de esta hora, tardaría mucho en llegar un taxi, y más aún en llevarme hasta el depósito de autos.

Lo pienso. No sé porqué lo pienso. No debería. No lo conozco, no sé quien es, no me gusta llevar a nadie, no tengo tiempo para distraerme haciendo otra cosa. Simplemente no puedo.

—Mmmm... Está bien. Te llevo. Pero con una condición. Solamente tengo un casco, si nos detiene la policía de tránsito, y nos multa, tú te encargarás de pagar la infracción.

—Acepto. ¡Gracias!

Retrocedí manualmente la moto para salir del puesto de estacionamiento y me ubiqué en la vía de circulación interna para poder arrancar sin obstáculos.

—Ya puedes subir —le invité.

Se subió al asiento trasero y la altura de mi pequeña vespa se redujo ligeramente. Estaba acostumbrada a ir sola, por lo tanto, parecía que conducía ahora una moto más pequeña. Tuve que balancear con mayor fuerza el peso de caída lateral para mantener la moto en equilibrio.

—Aquí vamos.

Arranqué. A pocos metros un auto estaba retrocediendo y tuve que sonar la bocina y esquivarlo. Por reflejo, el extendió sus manos por mi cintura buscando aferrarse a mientras maniobraba.

Lo sentía. Sentía sus manos sobre mí. No recuerdo la última vez que sentía las manos de alguien tocándome, mucho menos de un hombre. Normalmente, por mi trabajo, eran mis manos las que tocaban a las demás personas.

—¿Puedes quitar tus manos sobre mí? —grité para que pudiera escucharme en medio del ruido de la calle, del viento.

—Lo siento —soltó, cerca de mi oído.

Recogió tímidamente sus manos de mi cintura. Pero no pasó mucho tiempo antes de que tuviera que esquivar a otro vehículo, mientras cruzaba en la primera avenida, con la luz del semáforo cambiando de amarillo a rojo. Volví a sentir sus manos sobre mí, con más fuerza. No tuve que decirle nada. Él mismo se dio cuenta.

—Lo siento de nuevo. No estoy acostumbrado a andar en moto.

Recogió sus manos un poco, pero el tráfico era denso. Fue una maniobra tras otra. Para mí, era una rutina de todos los días, pero entendí que para él sería una experiencia diferente. No podía ver su rostro, pero imaginaba su cara de angustia mientras yo me divertía desplazándome con la versatilidad de mi pequeña guerrera urbana.

Finalmente encontró un punto medio, no tan evidente, donde podía sentirse seguro de sujetarse rápidamente de mí en caso de emergencia. Sus manos no hacían presión. Quizás él creía que no me agarraba lo suficientemente fuerte para que yo lo sintiera. Pero sí lo hacía.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Muy bien —mintió.

Al cabo de unos minutos llegamos a la entrada del depósito municipal de autos.

—¡Puedo ver mi auto!

Detuve la moto y él descendió del asiento. Dejé de sentir el calor de sus manos sobre mí.

—Muchas gracias. Ni siquiera sé cómo te llamas. Yo soy Lucas —extendió su mano hacia mí.

—Yo soy Loura. Gusto en conocerte Lucas. Ahora espero que puedas recuperar tu auto.

—Estoy en deuda contigo. Si necesitas algo, en algún momento, no sé, llámame —sacó de su billetera una tarjeta de presentación con sus datos y me la dio.

—Está bien. Lo tendré en cuenta.

—¡Maneja con cuidado! —gritó a lo lejos.

—¡Y tú, deja de estacionarte en zonas prohibidas! —respondí mientras me alejaba.

Diez

Al entrar a la recepción del consultorio del señor Jeoung, un grupo importante de pacientes esperaba su turno. Su asistente me había anunciado, pero me rogó que esperara un poco, pues la consulta de una señora se había extendido más allá del tiempo habitual.

Mientras esperaba, saqué la tarjeta de Lucas de mi bolsillo y la detallé mejor; «Lucas Araujo, Contador». Anoté su teléfono en mi móvil con en alias de «Extraño sin puesto» y guardé nuevamente su tarjeta.

No pude contener el impulso de escribirle. Sentía la curiosidad de saber cómo le había ido en el depósito municipal.

Loura: Señor sin puesto, ¿ya le devolvieron el auto?

La puerta del consultorio se abrió mientras esperaba respuesta. Una señora atravesó el portal, enjugando con sus manos las lágrimas que le corrían por las mejillas, mientras intentaba agradecer la atención del señor Jeoung sonriendo con pesar. Tras despedirse de la paciente, el hombre se volteó hacia mí, con un gesto extendió sus manos abiertas al interior de su despacho y realizó una ligera reverencia para invitarme a pasar. Guardé mi teléfono y pasé junto con él.

—¿Qué le pasó a la paciente que acaba de salir, señor Jeoung? Parecía desconsolada.

—Se están moviendo sus emociones. Emociones que habían estado estancadas por muchos años.

—¿También estudió psicología?

—No, solo soy especialista en medicina oriental tradicional. Ayudo a mejorar los males físicos, pero los procesos del cuerpo están vinculados con los del alma. Cuando alguien guarda por mucho tiempo rencores, odios o miedos, el cuerpo empieza a manifestar dolor también. La acupuntura, por ejemplo, puede influir en que esas emociones salgan. Claro, la disposición a escuchar y observar, ayuda.

—Entiendo. ¿Cómo se siente hoy?

—Muy bien. Veo que también vino más conversadora que la vez pasada. Percibo alegría en su aura.

—Bueno, hoy he comenzado el día fatal, pero luego ha estado más interesante. Vamos a trabajar en su espalda.

Dicho esto, mi paciente, sin recibir mayores instrucciones, se colocó en la posición que necesitaba para poder comenzar con la evaluación y los ejercicios del día. Evidentemente no era

un paciente común. El señor Jeoung comparte algunos conocimientos terapéuticos de la medicina occidental.

—¿Por qué escogió la fisioterapia? —preguntó.

—Para ayudar a las personas. Me gustaban todas las profesiones relacionadas con la salud. Pero escogí esta.

—Hay muchas formas de ayudar a las personas. ¿Tienes idea de por qué escogiste esta manera en particular?

—Creo que no tengo ninguna razón en especial.

—Pocas cosas tan trascendentales en nuestras vidas carecen de razón.

—¿Usted dónde aprendió la medicina tradicional?

—En mi país natal, en Corea del Norte, antes de huir de ahí.

—¿Tuvo que huir?

—Sí, lamentablemente. Mi esposa estaba siendo presionada por sus críticas al sistema. El gobierno vigilaba muy de cerca a las voces que se alzaban en contra de las estructuras que oprimían las libertades civiles. Ella era maestra, quería cambiar el mundo a través de la educación, despertar las conciencias de los jóvenes desde temprano para que no crecieran creyendo que los líderes del partido único eran dioses todopoderosos a los que había que seguir con fe ciega y obediencia incondicional. Los niños empezaron a hacer dibujos que expresaban los valores de las libertades de las que les hablaba con tanta pasión mi esposa. Una de las niñas hizo un dibujo donde aparecía una mujer votando escogiendo entre varios partidos políticos de diferentes ideologías. Sus padres no reaccionaron de buena manera y la denunciaron ante los comités de vigilancia. Comenzaron las visitas intimidatorias de la policía política, el escuadrón de la muerte, como le llamábamos en secreto, porque a veces las personas no regresaban de algunos interrogatorios forzados. Venían a nuestra casa y revisaban nuestras pertenencias, nos agredían, robaban nuestras cosas, aunque fuesen objetos sin valor monetario, como los retratos antiguos de nuestros padres y abuelos, solo para atacarnos donde nos doliera espiritualmente.

El rostro del señor Jeoung se ensombrecía ligeramente a medida que revivía esos dolorosos recuerdos. Yo trataba de imaginar lo que sería que algún día yo me viese en la necesidad de escapar de un país así. No hay manera fácil de dejar una vida que debió estar llena de historias de familia, recuerdos, lugares a los que ya estabas acostumbrada. No debe ser lo mismo marcharse cuando se hace con placer que cuando se hace por obligación, por necesidad, cuando otras personas quieren dominar.

—La vida puede ser muy lenta a veces, pero otras veces acelera tanto que no tienes tiempo de asimilar sin heridas los cambios que te obliga a vivir. No me podía dar el lujo de perder a mi mujer. No podía correr el riesgo de que algún día vinieran a buscarla por la fuerza a nuestro hogar y que se la llevaran para nunca verla volver. Era otoño. Quedaban solo dos meses antes del intenso invierno para poder escapar. Huimos con nada más que un cambio de ropa y algo de comida para cruzar la frontera con China.

—Lo siento, no era mi intención hacerlo revivir esos recuerdos.

—Está bien. No puedo borrar el pasado. Es bueno recordarlo en ocasiones para ayudar a que

sigan sanando las viejas heridas. Quizás llevaba mucho tiempo sin hablar sobre ese episodio, y se había acumulado un poco de peso en mi cuerpo.

—Pero ¿cómo puede sanar recordando el dolor?

—Bueno, hay que saber hacerlo, no siempre recordar lo malo que ha pasado puede ser beneficioso. Hay personas que recuerdan para darse lástima a sí mismos o los demás. Otras personas tienden a quedarse atascadas en el rencor de esos momentos. Se debe recordar el dolor para perdonar, para agradecer que a pesar de todo logramos sobrevivir, que aprendimos de la experiencia, y usamos esa energía para orientarnos a un futuro mejor.

Durante el tiempo que el señor Jeoung había comenzado a contar su historia su cuerpo se había tensado, pero después de un rato, comenzó a relajarse, incluso más que al principio de la terapia.

—Salir de Corea significó el inicio de un viaje que me llevó por muchas partes del mundo, en el cual he aprendido mucho, y afortunadamente aún no se acaba. Este anciano todavía tiene muchos años por disfrutar.

Volvió a reír, como un niño que, cuando se cae, llora, seca sus lágrimas y, después de unos segundos, sigue jugando.

Revisé los mensajes en mi teléfono. El señor sin puesto ya me había contestado:

Lucas: ¿Loura?

Lucas: Sí, ya me dieron el auto. Creo que han rayado la pintura de la puerta del asiento del copiloto. Nadie se hace responsable.

Loura: ¿Fue mucho el daño?

Lucas: (FOTO)

Loura: ¡Qué incompetentes!, seguramente fue cuando lo remolcaron en la grúa.

Loura: ☹

La foto que me había enviado de la puerta de su auto era para morir. Se notaba que la pintura del resto de la carrocería estaba bien cuidada, un color azul grisáceo hermoso y pulido. Lucas había tenido que pagar las consecuencias de que yo le robara el puesto cada vez que llegaba tarde. Bueno, no puedo asumir toda la culpa, el estacionamiento es grande, pero está muy saturado de personas que acuden al hospital.

El mal humor que me había causado dormir poco, levantarme a toda prisa y llegar como una loca desesperada para nada, ya que el doctor no estaba, me hizo ser dura con él al principio. Ah, y el café que no pude tomar. Ya estaba de mejor ánimo, y sentía que debía reparar las cosas.

Loura: Lamento que le hayan hecho eso a tu carro. ¿Puedo invitarte hoy a comer para hacerte sentir mejor?

Me dejó en visto. ¡En visto! Esperé durante una hora su respuesta y aún no contestaba. No sé para qué le escribí. Tal vez le pareció muy aventurado de mi parte que lo invitara a comer. Ya no podía borrar el mensaje. Lo dejé así. Tal vez tuvo miedo de contestar.

Once

—¡Mira lo que te traje!

Había dejado el regalo a medio metro de distancia de Lisa. Ella podía verlo si levantaba su cabeza. La curiosidad sería la principal motivación para que hiciera el ejercicio de incorporarse levemente del suelo. Era un pequeño osito de juguete, de un color fucsia muy llamativo. El color serviría de estimulante visual, y sabía que no aguantaría las ganas de intentar tomarlo.

—Levántate un poco para que puedas verlo.

Le tomó un par de minutos lograrlo, pero lo hizo. Se quejaba mientras intentaba hacer que sus músculos reaccionaran ante sus deseos de moverse. Apenas lo vio, sonrió.

—¡Muy bien! Ya lo viste. ¿Te gusta? ¿Quieres tocarlo? Déjame acercarlo un poco para que puedas mover tus manos y agarrarlo.

Estiró sus manos y no alcanzó. Pero no se dio por vencida. Combinó manos y pies para encontrar apoyo y arrastrarse en dirección del juguete. Logró moverse diez centímetros, intentó alcanzarlo de nuevo y solamente pudo tocarlo. Faltaba un poco. Repitió nuevamente el proceso, se afincó usando pies y manos para arrastrar un poco más su torso en dirección del oso.

—¡Ya casi es tuyo! Tú puedes.

Estiró la mano y finalmente sujetó con éxito su preciado regalo. Su sonrisa era contagiosa y su pequeño avance había sido uno de mis más grandes éxitos terapéuticos de la semana. Esta tan feliz como ella, pero por diferentes razones.

—No sabes lo mucho que te quiero, Lisa —dije mientras la abrazaba—. Tú y yo somos un gran equipo, vamos a seguir creciendo juntas.

La sujeté entre mis brazos para mecerla como tanto le gustaba, al tiempo que seguía explorando el objeto fucsia que captó su atención.

—¿Cómo van chicas? —preguntó Marta.

—Creo que ya terminamos por hoy. No creo que pueda recuperar su atención después de haberle dado el oso. Pero ha sido una excelente sesión de ejercicios.

Besé a Lisa y la dejé sobre el área de juegos para que siguiera concentrada en su juguete. Tomé mi teléfono y vi que había recibido un nuevo mensaje del «extraño sin puesto».

Lucas: Me encantaría. ¿Dónde nos vemos?

Inesperadamente me sentí emocionada. Había estado enfadada con él por no haberme

contestado a tiempo, pero su respuesta había compensado la espera.

—¿Te quedas a tomar un poco de café? —preguntó Marta.

—Hoy no, Marta. Gracias. Tengo otra cita pendiente.

Doce

Le había pedido a Lucas que nos encontráramos en un café restaurant con terraza al aire libre que era uno de mis lugares favoritos. Estaba ubicado frente a una gran parque donde muchas personas acudían al final de la tarde para salir a caminar o hacer otros ejercicios. Tenía un toldo color rojo escarlata que cobraba un matiz hermoso cuando el dorado sol del atardecer incidía sobre la terraza.

Cuando llegué con mi vespa, Lucas ya estaba sentado en una de las mesas de la terraza, esperándome. Me alegré sabiendo que pudo haber elegido las mesas del interior del local, pero escogió la mesa en la zona que yo también prefería sin que le hubiera dicho nada previamente.

Le hice señas desde la calle para saludarlo y busqué su auto estacionado afuera para ver en persona el daño que había sufrido. Ahí estaba la marca en su puerta. Volteé a mirar a Lucas de nuevo, a lo lejos e hice un gesto de cara triste para solidarizarme con su incidente.

Cuando entré a la terraza se levantó para saludarme.

—Hola Loura. —me sonrió y extendió su mano.

Entendí que intentaba saludar con respeto, pero no era una reunión formal como para estrecharnos las manos. Tenía mi casco y mi bolso entre las manos. Se me hacía algo incómodo deshacerme de ambas cosas para poder liberar mis manos así que decidí acercarme un poco más y saludarlo con un beso en la mejilla. Me invitó a sentarme y acomodé mis cosas en uno de los asientos vacíos.

Frente a él tenía una servilleta de papel y un bolígrafo. Había estado dibujando mientras me esperaba. Alcancé a distinguir a una persona montada sobre una moto. Frente a la moto un anuncio de límite de velocidad. ¡Era yo! Me había dibujado a mí en forma de caricatura.

Le lancé una mirada acusadora y creo que por un momento sintió pena. No pude evitar reír.

—Creo que tienes una imagen muy clara de mí —dije.

—Estaba haciendo tiempo mientras llegabas. No es un Picasso, pero estoy mejorando. Hoy he conseguido mi musa.

Ahora era yo quien se sonrojaba. Vaya manera tenía de decir las cosas. Pausado, tranquilo, seguro de sí mismo, con esa mirada tan cálida, sin aquellas insinuaciones vacías que estaba acostumbrada a escuchar de otros hombres pero que nunca llegaría a aceptar.

Ya no podía negarme a mí misma que me gustaba. Tenía ganas de conocerlo más, y ese era el momento para hacerlo.

—¿Me lo regalas?

—Sí, es para ti. Déjame escribir la dedicatoria.

«Aunque no consiga puesto, igual me agradas...» escribió

Reímos a carcajadas los dos. Tomamos café, luego comimos, y pasamos la tarde hablando de cualquier tema que se nos hubiese ocurrido. El atardecer había caído como un suave sirop de caramelo sobre nosotros. No dejábamos de ver nuestros rostros amarillentos e iluminados.

—¿Dónde habías estado todo este tiempo?

La sonrisa que tenía dibujada en mi cara desde el chiste anterior no desapareció, simplemente fue transformándose de carcajada a una cara seria pero feliz. No quise responder esa pregunta porque era algo retórica, sentía que él se estaba preguntando en voz alta algo que yo no podría responder, solamente intentaba compartir ese mismo estado de sorpresa en el que ambos estábamos por habernos encontrado ese día, sin planearlo, sin esperarlo, sin buscarnos.

Nos quedamos en silencio después de haber hablado como cotorras durante un par horas. Tal vez la prolongación de ese silencio me dio miedo. Miedo a la velocidad de las emociones que estaba sintiendo, miedo a las preguntas que estaban surgiendo, no quería que nada dañara el presente. Miré la hora y fingí que se estaba haciendo tarde.

—Bueno, creo que ya es hora de irnos.

—Sí, tienes razón —contestó él, complaciendo mi necesidad de darle un descanso a tanto placer.

Trece

Estábamos a mitad de año, pero me desperté ansiosamente como una niña que busca abrir su regalo en la víspera de navidad. Revisé el teléfono esperando ver algún mensaje de Lucas y ahí estaba, me había escrito que le había encantado haber salido conmigo el día anterior y que esperaba que pudiéramos volver a vernos pronto. Y ¿qué tan pronto debería ser?, no lo sé en realidad, yo quisiera que fuese inmediatamente pero tenía que ser realista y salir de mis obligaciones primero. Sobre todo, salir de primera obligación de las mañanas; alimentar a mi querido Atom.

Me había levantado sin tropiezos por primera vez desde hacía varios meses. Con tiempo de sobra, pude asearme con calma, preparar café y disfrutarlo con calma mientras Atom desayunaba.

—¿Desde cuándo no desayunábamos juntos, amigo?

—¡Guau! —ladró, agitando su cola enérgicamente.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Deberíamos hacerlo más seguido.

—¡Guau! —contestó.

—¿Qué me ha pasado? Nada. No me puedes ver feliz y relajada porque ya empiezas a sospechar algo —reí con él.

Hasta ahora me había tomado mi tiempo para escribirle de vuelta a Lucas. Estaba indecisa entre ir más lento o dejar que las cosas siguieran fluyendo con la velocidad que empezó a darme pánico ayer. Pensaba en lo poco que sabíamos el uno del otro, pero la única solución para eso era estar más tiempo juntos. Me gustaba sentirlo cerca de mí, como si no tuviera que saber más nada acerca de él, de su pasado, de sus intenciones. No sabía describir cómo era esa misteriosa confianza que iba surgiendo cada vez que me hablaba y me miraba a los ojos, pero la estaba disfrutando.

Después de mis pacientes de la mañana todavía seguía pensando en él, pero quien se decidió a concretar la propuesta de vernos no fui yo, sino él.

Lucas: Vamos a vernos esta noche. ¿Quieres? Te invito a cenar en mi casa.

Loura: ¿Y quién va a cocinar?

Lucas: Yo puedo cocinar, si no eres de paladar muy exigente y puedes sobrevivir a mis errores de aficionado.

Loura: Será bueno probar tus habilidades gastronómicas.

Loura: Llevaré vino para acompañar tu cena. ¿Tinto o blanco?

Lucas: Quedará bien con tinto.

Finalicé temprano las terapias de mis pacientes de la tarde para tener tiempo de arreglarme y comprar el vino que llevaría para la casa de Lucas. Al llegar a su departamento sentía que mi corazón brincaba tanto que se saldría de la chaqueta de cuero que llevaba puesta.

—¡Qué hermosa estás! —dijo al abrir la puerta, sin pensarlo, al natural, sin hipocresías ni halagos falsos.

Yo sabía que me había conocido en el uniforme de trabajo y sin arreglarme más que lo necesario para estar presentable, y precisamente quería llamar su atención con una ropa más femenina, más atrevida, más parecida a la que uso cuando salgo en las noches. Se quedó contemplándome tanto que podría decirse que tuve que carraspear con mi garganta para hacerlo salir de su estado de shock.

—¿Puedo pasar o vuelvo otro día? —dije sarcásticamente.

—Lo siento, pasa.

—Te traje este vino, quise probar algo nuevo, así que no sé qué tan bueno sea.

—Eres doblemente arriesgada. Probarás chef nuevo y vino nuevo en una misma noche.

—No voy a probar al chef, voy a probar su comida.

—Bueno, eso quise decir —se sonrojó.

—¿Eso que está en la cocina no necesita tu atención? —pregunté al ver que tenía varias hornillas encendidas y ya tenía rato parado viéndome.

—¡Ay! ¡Cielos! —corrió a bajarle la intensidad a las llamas.

Después de ayudarlo cerrando la puerta del departamento, comencé a caminar alrededor del mismo para detallarlo. Tenía un solo espacio. La cocina estaba en el extremo norte, cerca de la entrada, y en el otro extremo estaba su cama y su escritorio. Ambos espacios estaban separados por un largo y alto mesón. Pinturas, lámparas, muebles de diseñador. Podía concluir dos cosas, que tenía buen gusto y que era bastante ordenado, posiblemente más ordenado que yo.

—Déjame ayudarte —dije mientras lo veía hacer tres cosas a la vez.

—No estaba en mis planes ponerte a cocinar hoy, pero viendo lo enredado que he terminado, acepto tu ayuda.

—Hay muchas cosas que tampoco estaban en mis planes hoy.

—...me falta picar media zanahoria para saltarla con los demás vegetales.

—Enseguida chef —dije, imitando sarcásticamente los programas de cocina de la televisión.

—Mientras tanto iré descorchando el vino para que vaya oxigenándose.

—*Et voilà!*... filet en salsa a la pimienta con vegetales y puré de papas.

Lo besé. Me sentí tan querida en ese momento que no pude evitar adelantar mi postre. Fui impulsiva, rebelde, imprevista, inescrupulosa, soberbia, posesiva, y todas las cosas que siempre

hay que cuidar no hacer en las primeras citas, pero quería hacerlo. Él estaba allí, presentando la comida, materializando el esfuerzo de su intención de consentirme. Y se quedó tan sorprendido de mi acción que no respondió. Me vio de cerca, cuando mis labios se separaron por un instante y abrí mis ojos para ver si seguía allí o estaba soñando, luego cerró sus ojos con calma, como si ahora fuese él quien llevaría el ritmo en este baile de nuestras bocas, y acarició mi lengua con la suya por unos segundos más hasta que finalmente las hormonas que me habían alocado volvieron a sus niveles normales. Me senté.

—Gracias.

—Me encantó ese beso.

—Fue un aperitivo, ahora sí podemos comer.

¿Quién era yo para andar pensado que Kira había sido demasiado adolescente en su enamoramiento con Leo? Si me estuviera viendo por un pequeño hueco no dejaría de reclamarme diciendo que yo era igual o peor que ella.

Mojé mis labios con un poco de vino para evitar que el sabor de su aliento siguiera causándome esa sensación inevitable de querer más. Ingenuamente usé ese líquido tinto como un agente extintor del fuego que empezaba a arder dentro de mí. Pero, ¿Por cuánto tiempo podría mantener ese furor bajo control? ¿Acaso no estaba más bien echándole gasolina a las brazas y después sería peor?

La comida había calmado un poco la ansiedad que me había desbocado a debuta con ese primer beso. Pero la escena romántica seguía presente en el ambiente. Conversamos y reímos como aquel primer día en el café, pero después seguimos la conversación en su cama, donde las caricias sirvieron para expresarnos.

Intenté quitarle la camisa a Lucas, pero reaccionó bruscamente y luego intentó subir mis manos con cariño alrededor de su cuello.

—No, por favor... —dijo.

No supe interpretar si no quería que llegáramos a ese nivel de quitarnos la ropa o simplemente había tenido una reacción de pena. Dejé que tomara la iniciativa del siguiente movimiento y fue él quien levantó mi camisa para contemplar mi cuerpo y decidir por dónde empezar ese recorrido de placer que duró hasta la medianoche.

Me quedé sobre él, apoyada sobre ese pecho todavía cubierto que aún conservaba el calor de la faena anterior. En el silencio de la noche podía sentir su corazón palpitando bajo mi cabeza. Su respiración era profunda mientras dormía. Me quedé unos minutos así, haciendo que mi sueño llegara lentamente, queriendo recordar para siempre esa sensación tan agradable de estar con él mientras me despedía de ese día.

Catorce

Lucas estaba parado en la puerta de mi casa mientras yo buscaba la mejor manera de explicarle mi pequeño secreto.

—Verás. Tengo algo que confesarte. Realmente no vivo sola. Tengo a alguien que me acompaña, me cuida, y a veces es muy celoso. De hecho, nunca traigo invitados a la casa porque él se pone muy pesado. Pero ya llevamos un tiempo saliendo juntos y ha llegado la hora de que lo conozcas.

Abrí la puerta y cerré los ojos esperando lo peor. Ya no podía darle largas al asunto. Lucas y Atom tenían que conocerse tarde o temprano, y mejor temprano para que así Lucas pudiera venir a visitarme cuando quisiera o pudiéramos salir los tres juntos los fines de semana.

Esperaba escuchar los horribles ladridos de odio y celos de Atom pero nunca llegaron. En cambio, volví a abrir los ojos y Lucas se había agachado para acariciarlo mientras Atom meneaba la cola con cariño y buscaba lamerle el rostro.

—¡Pero qué lindo perrito eres! —dijo Lucas.

—No pensé que viviría para ver esto —dije asombrada.

Pasamos a la sala y los dos siguieron jugando.

—Parece que tienes buena sangre para los perros.

—No lo sabía. Nunca he tenido mascotas. En realidad, no suelo ni siquiera ser cariñoso con ellos. Pero este parece ser uno muy especial. ¿Cómo se llama?

—Lucas, te presento a Atom. Atom, te presento a Lucas. Y ya dejen de lamerse que me voy a poner celosa.

Los dos siguieron jugando un rato más, ignorando mi último comentario. Los dejé seguir así y me encantó ver que parecían amigos de hace mucho tiempo. Era cierto que me hacía sentir un poco celosa que Atom manifestara tanto cariño por una persona aparte de mí, pero al mismo tiempo me parecía perfecto que no se vieran como desconocidos ni se tuvieran desconfianza. Habría sido un gran dolor de cabeza tener que esconder a Lucas o encerrar a Atom en una habitación cada vez que viniéramos juntos.

Nos sentamos en el sofá, abrazados, y Atom no ladró, pero tampoco se sentó junto a mis piernas como siempre solía hacerlo. Esta vez se sentó al lado de las piernas de Lucas, y descansó su hocico en el piso cuando advirtió que él se quedaría un rato sentado conmigo.

—Lucas, no quiero incomodarte con esta pregunta, pero el otro día no quisiste que te quitara la camisa cuando estábamos en tu casa. Si tienes algún miedo, trauma o fetiche, puedes confiar en mí, o si quieres podemos hablar otro día de eso. Lo que quiero decirte es que me siento muy bien contigo, y no quiero hacer sentirte mal sin intención. Me puede ayudar que me digas exactamente qué es lo que no te gusta para no volverlo a hacer.

—Loura, lo siento. Yo sé que tarde o temprano debía decírtelo, pero aquella noche sentí que no era el momento. Todo era perfecto y no quería contarte de cosas que pudieran preocuparte.

Su rostro de felicidad pasó a una seriedad profunda en menos de un instante, eso le daría miedo a cualquiera, y yo sentí que algo malo pasaba.

—Mejor déjame enseñártelo antes de decírtelo.

Se quitó su camisa y dejó al desnudo su torso, era hermoso ver esa figura masculina, suavemente definida y cubierta de vellos cortos, pero en el medio del pecho tenía una enorme cicatriz que lo dividía en dos partes, desde la parte baja de su garganta hasta la boca de su estómago. Era intimidante, en mi experiencia con pacientes nunca había visto algo igual, pero si algo tenía yo era el valor de acercarme y dar alivio a quienes tenían problemas médicos. Esa herida tan descomunal no me iba a alejar de él.

—¿Puedo? —le pregunté mirándolo a los ojos, mientras acercaba mi mano derecha a su cicatriz, sin mucha compasión y sin mucha frialdad.

—Adelante. No estoy acostumbrado a dejarme tocar ahí. Nadie me ha tocado desde hace más de un año que el doctor evaluó por última vez el avance de la cicatrización. Hay zonas donde no siento nada y en otras zonas todavía hay más sensibilidad de lo normal.

Lo toqué e imaginé el trauma por el que debió haber pasado su cuerpo para haber dejado una huella tan grande. Misteriosamente estábamos en un momento de intimidad tan significativo como la primera vez que estuvimos juntos y compartimos el placer en su departamento.

—¿Qué fue lo que te hicieron?

—Mi corazón estaba muy enfermo. Mi salud estaba empeorando, ya no podía ni siquiera subir cinco escalones de una escalera sin que me desmayara. No había solución. Los doctores me dijeron que la única esperanza era recibir un trasplante. Fue una espera difícil, incierta. Muchas veces pensé que iba a morir antes de que apareciera un donante compatible. Pero finalmente apareció y hasta ahora vivo una vida normal, mejor que los últimos años con mi verdadero corazón.

—Dios mío Lucas, nunca lo habría imaginado.

Me dejó tocar toda la herida, desde arriba hasta abajo, recorrí cada centímetro de esa costura. Sentí que a veces aguantaba la respiración cuando pasaba por esas áreas donde seguramente sentía mayor incomodidad.

—Cada cierto tiempo voy al hospital a hacerme exámenes de rutina. Ya no son tan frecuentes como al principio, pero trato de cuidarme lo mejor posible y a veces hago más exámenes que los que me manda el doctor. Por eso te vi varias veces en el hospital. Sin eso, no nos habríamos tropezado.

—Y yo estoy muy feliz de que eso haya pasado.

Lo abracé como nunca antes, sobre su pecho al descubierto me aferré con fuerza. Había desaparecido ese miedo a descubrir alguna fobia o fetiche que pudiera convertirse en una amenaza para nosotros.

—¿Quieres saber algo lindo? Cuando cenamos por primera vez en mi casa tomé la primera copa de vino después de la operación. Ya el doctor me había dado permiso para tomar un poco, pero no se había presentado una oportunidad tan especial como esa.

Suspiré. Ya no tenía palabras para expresar las emociones tan intensas que estaba sintiendo junto a Lucas. Estar juntos esa noche era todo lo que quería de la vida en ese momento. No había ansiedad por cumplir retos, salir a beber, o llegar tarde al trabajo. Sentía que todas las cosas estaban donde debían estar, principalmente Lucas, conmigo, en mi hogar.

Quince

—Ya casi no hay dolor y la flexión de tu articulación llegó al punto esperado.

—¿Eso quiere decir que ya me darás de alta?

—Sí, Roberto. Ya eres libre de salir de tu encierro por reposo. Te felicito, te portaste muy bien, aunque al principio llorabas como niña.

—Solo lo hacía para no presumir mi verdadera fuerza contigo.

—Entonces eres muy buen actor. Diría que si no estás filmando una película en este momento entonces estás desperdiciando tu talento.

—Soy un actor desconocido. Todavía ningún productor ha encontrado mi talento... ¿Si ya terminamos con las terapias quiere decir que ahora si puedes aceptar mi invitación a salir?

—Déjame decirte que si no estuviera saliendo con alguien podría pensarlo. Pero lamentablemente ya no estoy soltera.

—No puede ser. Me pone triste saberlo.

—Anda, vamos. Tu no tienes cara de ser un hombre solitario, seguramente en esta primera semana de libertad conseguirás una nueva chica con quien salir.

—¡Que tu palabra se haga ley!

Terminaba de recoger mis herramientas de trabajo en la casa de Roberto cuando mi teléfono sonó por un nuevo mensaje de Lucas.

Lucas: Te extraño, quiero verte.

Loura: Yo también. Quiero abrazarte, apretarte y ahogarte en besos.

Lucas: ¿Y cómo hacemos para resolver eso?

Loura: Bueno, ya yo terminé con mis pacientes de hoy, tengo el resto de la tarde libre.

Lucas: Yo todavía tengo un asunto pendiente, pero me encantaría que me acompañaras.

Loura: Está bien, paso a darle una vuelta a Atom, me cambio y me buscas por mi casa.

Lucas: Hecho.

Pude oír el auto de Lucas estacionando en el garaje de mi casa. Le pedí que entrara mientras terminaba de arreglarme. No tuvo ninguna objeción porque aprovechó de jugar con Atom mientras

yo estaba ocupada arreglándome en el espejo de mi tocador.

—Ya estoy lista. ¿A dónde vamos?

—Quiero ir a la casa de la madre de mi donante. Compré algunas cosas hace algún tiempo que quiero llevarle como agradecimiento.

—Pues vamos.

Subimos a su auto y salimos de mi urbanización tomando la avenida principal hacia el centro de la ciudad. Cruzamos un par de semáforos y entramos en una zona que conocía muy bien. El auto entró en la calle donde estaba la casa de la veleta de viento oxidada. En un principio pensaba fascinada la coincidencia tan extraordinaria que sería estar en una casa tan cercana. Pero mi pensamiento pasó de incauta sorpresa a terror en menos de un segundo cuando el auto de Lucas se detuvo justo en la entrada de dicha casa. No fue en la misma calle, fue en la misma casa. Sentí que mi corazón se detuvo en seco. Ya no podía respirar con tranquilidad. Mis piernas temblaban.

—No puede ser, no puede ser —Alcancé a decir con dificultad.

—¿Qué pasa Loura?

—Esto no puede estar pasando. No. No quiero. No puedo.

—Loura, me estás asustando.

—Sácame de aquí, Lucas. Sácame. Te lo pido. Llévame a mi casa.

No le pude decir más nada a Lucas. Volvió a arrancar el auto y manejó con preocupación de regreso a mi casa. El insistía en pedirme que me tranquilizara, que él estaba conmigo. Pero no pude contestar.

Estacionó de nuevo frente a mi casa. Abrí la puerta del auto y caminé hacia la puerta de mi casa. Él insistió en seguirme.

—Vete.

—Pero Loura, ¿qué pasa?

—Vete por favor. No quiero hablar contigo ahorita. No puedo. Solo vete.

—Loura, sabes que puedes confiar en mí, como yo confío en ti. Lo que sea que esté pasando podemos resolverlo juntos.

—No Lucas, no se puede. Tú y yo no podemos seguir juntos.

—¿Estás terminando conmigo?

—Sí. Por favor, vete. Terminamos.

El aceptó a regañadientes. Estaba frustrado por mi reacción, pero sobre todo por no saber qué era lo que estaba pasando. Debía decirle. Merecía saberlo. Pero simplemente yo no tenía las fuerzas para hablar de eso en ese momento. Subió de nuevo al auto y se fue mientras yo entraba maldiciendo a la casa.

Dieciséis

Habían pasado un par de horas desde que Lucas se había ido. Estaba tan intranquila que no había podido sentarme por más de quince minutos en el sofá de la sala. Duraba menos de cinco minutos en la cama. Me volvía a levantar, a tomar agua, a ir al baño, caminaba al garaje, o hacía cualquier otra cosa sin propósito, pero por mucho que lo intentara no podía evitar seguir pensando en lo mismo. ¿Cómo puede ser posible?

Mi teléfono sonó.

—Loura, querida —dijo amablemente una voz femenina al otro lado de la línea.

—Hola —respondí secamente.

—Loura. Creo que tenemos que hablar. Ha pasado mucho tiempo. Esperaba que las cosas fueran más sencillas ahora. Por favor, ven para que hablemos personalmente.

—Lo siento, no quiero.

—Loura. Supe lo que pasó. Creo que mereces una explicación. Sé que es difícil, pero te pido que vengas y hablemos.

—Lo siento señora Becca, eso no va a pasar. Yo estoy bien y espero que usted también se encuentre bien. Le deseo mucha salud y le agradezco su llamada, pero no hay nada de que hablar. Adiós.

—Loura... —alcancé a escuchar antes de colgar.

Mi cara se puso roja ante tanta rabia que sentía. Atom se acercó y recostó su cuerpo sobre mis piernas intentando tranquilizarme. Por alguna extraña razón sentía que algo malo me estaba pasando e intentaba apoyarme.

Mi teléfono sonó con la notificación de un nuevo mensaje.

Mamá: Hola hija, ¿cómo estás? ¿Recuerdas que mañana es el aniversario de la muerte de tu padre? Me gustaría que vinieras a la casa y pasáramos el día juntas para recordarlo con amor.

Loura: Ok.

Diecisiete

Llegué a la vieja casa de mis padres montada en la superbike. El rugido del motor al aproximarme había alertado a mi madre de la inminente llegada. Bajaba la pata de cabra que sostenía la moto para estacionarla frente a la fachada mientras ella abría emocionada la puerta principal de la casa.

—¡Hija mía! —exclamó emocionada de verme.

Caminé hacia ella mientras me quitaba el casco y nos saludamos con un beso en las mejillas. Ella me retuvo entre sus brazos y no me soltó durante varios segundos.

Me descolgué la mochila y saqué con mucho cuidado un pequeño ramillete de rosas blancas con un hermoso lirio en el centro.

—Son para papá.

—Están hermosas, Loura, vamos a acomodárselas en el florero.

Caminamos hasta la cocina. Sacamos un viejo florero de cristal de los gabinetes inferiores de los estantes y le agregamos un poco de agua del grifo antes de colocarles las flores que había traído. Lo llevamos hasta una de las paredes de la sala y apoyamos en una repisa que habíamos acondicionado debajo de uno de los retratos más hermosos de papá.

Mamá se quedó en silencio durante unos minutos, oliendo la fragancia de las flores y acariciando algunos de sus pétalos.

Hace ocho años que se había ido. Un cáncer terminal diagnosticado tardíamente nos había dejado poco tiempo para despedidas. Para mi mamá era el día más triste del año. Desde su muerte siempre acostumbábamos a pasar el día juntas, como uno de esos deberes que no se pueden eludir. Como una forma de recordar que estábamos juntos en ese dolor, que debíamos mantener viva su memoria como si estuviera con nosotras todavía, recordando los buenos y los malos momentos que pasamos a su lado.

—No sé qué diría al verte llegar con esas motos. Seguramente no diría nada bueno.

—Ay mamá, no empieces.

—No es de señoritas andar por ahí así. Además de lo peligroso que puede ser.

—Son otros tiempos. La vida siempre es peligrosa.

—Cuéntame hija. ¿Cómo has estado? ¿Mucho trabajo? ¿Qué hay de los chicos? ¿Ya conociste a alguien que te guste?

—Estaba saliendo con alguien, pero ya se acabó.

—Me da mucha tristeza escuchar eso. No puedes seguir andando sola por ahí. En verdad deseo que consigas a alguien con quien compartir la vida.

—¿Por qué me dices eso? Desde que murió papá has estado sola. Podemos sobrevivir solas.

—No hija, no es lo mismo. Son situaciones diferentes. Tu padre y yo pasamos juntos casi toda la vida. Nos conocimos muy jóvenes. Hice una vida y un hogar con él. Te tuvimos a ti, que eres nuestra hermosa hija. Ya hice todas las cosas que quería en la vida. Estoy llena y satisfecha. Solo lamento a veces que él se haya ido antes que yo. Pero en tu caso es diferente, apenas estás comenzando la vida. Estás muy joven para seguir sola. No quiero que sobrevivas, quiero que disfrutes y vivas tu vida.

—La estoy viviendo a mi manera. Soy feliz así.

—Está bien. No estoy tratando de darte órdenes ni nada por el estilo. Solo te digo esas cosas porque me importas. Ya estás grande y respeto que tomes tus propias decisiones. Deseo que alguien de buen corazón llegue a tu vida pronto y los vea siempre juntos.

—Qué ironía...

—¿Qué dices...?

—Nada, olvídalo.

—Te quiero, hija.

—Yo también, mamá.

Mi mamá sacó el acostumbrado álbum de fotografías familiares y nos sentamos a comentar nuestros recuerdos juntas, como todos los años. Reímos mucho y tuvimos nuestros momentos de silencio a veces. Ese silencio que acompaña los pensamientos más íntimos, esas palabras que solo eran para ella, esas palabras que solo eran para mí.

Durante el transcurso de la tarde mi teléfono sonaba con una llamada que no esperaba de mamá de Lisa.

—Loura...

—Hola Marta ¿Cómo estás?

—Loura, te llamaba para avisarte que Lisa murió hace unas horas.

Quedé fría. Lo poco que quedaba de mi mundo se había despedazado con apenas dos palabras que resonaban una y otra vez en mi mente: «Lisa murió».

Dieciocho

Había muchas personas reunidas en ese recinto tan elegante y sobrio. La mayoría eran familiares y amigos de la familia de Lisa que nunca había llegado a conocer. El resto de las personas, aunque no eran tan cercanos, habían sentido el deber de acudir a presentar sus respetos. Compañeros de trabajo de Marta, vecinos, clientes del padre de Lisa, y otros que simplemente eran acompañantes de alguno de los anteriores.

No me interesaba hablar con nadie más que con ella, con Marta, quería apoyarla en este momento tan difícil. Recorrí los pasillos buscándola ansiosamente, sin prestar atención a nadie más.

—Marta, lo siento mucho —

—Gracias por venir Loura.

—Siento haber llegado tan tarde, de haberlo sabido más temprano te habría podido acompañar a organizar todo. Dime que hace falta. En que te puedo ayudar.

—No hace falta nada Loura. La funeraria ha sido muy responsable y ellos se han encargado de todos los detalles.

—Está bien. ¿Y que fue lo que pasó? Lisa estaba tan bien hace apenas unos días que nos vimos para la última terapia.

—No se sabe, Loura, sabes que la condición de ella era desconocida, así como también era delicado su estado. Los doctores ya nos habían advertido que en cualquier momento se podía complicar. Cuando ella nació, el pronóstico de vida que nos dieron fue de apenas ocho meses, más bien había sido un milagro todo el tiempo que había logrado sobrevivir y seguir a nuestro lado. Ayer la llevamos al hospital porque estaba teniendo una reacción alérgica, le habíamos dado los mismos alimentos de siempre, nunca corremos riesgos dándole cosas nuevas porque sabemos que muchas cosas le pueden hacer daño. Pero estando en el hospital empezó a complicarse cada vez más. Nos pidieron que la dejáramos hospitalizada toda la noche. Nos quedamos despiertos con ella. Los médicos hicieron lo que pudieron, pero la condición de su estado empeoró muy rápido y falleció esta madrugada.

—Fue tan inesperado, tan súbito, todavía no creo que esto pueda estar pasando.

—Así estamos todos. Nosotros estábamos preparados para este día porque sabíamos que llegaría tarde o temprano, pero no podemos evitar la tristeza que nos deja la partida de nuestra pequeña angelita. ¿Ya la viste?

—No, te busqué primero a ti, quería apoyarte en cualquier cosa que te hiciera falta.

—Estoy bien, gracias Loura. Te acompaño para que la veamos juntos.

Caminamos hasta la pequeña urna donde descansaba el cuerpo de Lisa. Nunca en mi vida había visto una urna infantil. A medida que nos acercábamos mis piernas comenzaban a temblar.

—Dios mío —exclamé impresionada.

Nunca había visto la cara de Lisa sin una sonrisa. Y ahí estaba, frente a mí, dormida para siempre. Ya no volveríamos a tener nuestras tardes de juegos. No volvería a verla portarse como una chiquita malcriada, esperando que yo la meciera al final de cada sesión de ejercicios. Se había ido, y una parte de mi vida se había ido con ella.

—Noooooo... —grité como si cada uno de mis órganos se desgarraran por dentro—. ¿Por qué? ¿Por qué a ella? Ella no, ella no se podía ir, no debías habértela llevado.

Perdí el control. Mi corazón reventó de tanta rabia, de tanto dolor, de tantas pérdidas una tras otra, sin tener siquiera un respiro para mí.

—Está bien, Loura—dijo Marta, tratando de consolarme—. Ella va a estar bien

Marta me abrazaba, y hasta cierto punto me sostenía, porque si no fuese por el esfuerzo de ella, que trataba de contenerme, ya me habría tirado al piso, sin fuerzas en las piernas, sin ganas de seguir de pie en esta situación tan opresiva.

Diecinueve

Atom lloraba mientras intentaba que me levantara de la cama para ir a trabajar. Habían pasado dos días y no había salido de mi cuarto salvo para tomar un poco de agua y morder un poco de alimento cuando el estómago no aguantaba más.

Había cancelado todas las citas. El doctor Oliveira me había dejado varios mensajes con su secretaria preguntando porque no había ido a nuestra reunión habitual. Un par de pacientes nuevos habían llamado para agendar sus primeras consultas pero les dije que no podía comenzar con ellos todavía.

Atom insistía.

—No quiero trabajar, amigo.

Me miraba con sus ojos tiernamente tristes. Tampoco había estado comiendo bien, su apetito había desaparecido en el mismo lugar que el mío.

—Está bien. Voy a atender solamente a uno hoy. Déjame revisar la agenda.

Faltaban dos horas para una cita con el sr Jeoung. Tiempo suficiente para arreglarme y tratar de comer un poco más.

Como era costumbre, el consultorio del sr Jeoung esta abarrotado de personas esperando su consulta.

—¿Qué le pasó señorita Loura?

Había hecho todo el esfuerzo para ocultar cualquier signo de desvelo, llanto, o tristeza. Me apliqué dos capas de base, me puse más sombra de la que suelo usar para ir a trabajar, practiqué mil veces la sonrisa falsa, pero todo fue en vano. Rompí a llorar apenas el sr Jeoung cerró la puerta de su consulta.

—Por favor, recuéstese aquí —dijo señalando su camilla—. Respire profundo, mientras más le cueste más profundo debe ser.

—No logro controlarme. No puedo contener el llanto, y también me dan ataques de rabia, no entiendo por qué me pasa esto.

—No tiene que retener esa tristeza, todo lo contrario, tiene que empezar a deshacerse de ella. Parece que ha tratado de ser fuerte de la manera equivocada. Usted es una persona muy sensible, no puede tragarse esas emociones. Tiene que hablar con las personas que no ha hablado, darse

permiso para recordar y aceptar sus debilidades.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Su cuerpo está hablando, para mí es como ver la radiografía de una fractura, pero esta vez no está en sus huesos sino en su alma. Parece que son muchas cosas. Comience con la más sencilla, diga lo que siente.

—Mi paciente más querida murió el día del aniversario de la muerte de mi padre. ¿Qué clase de vida es esta? Siento que la vida es injusta conmigo. Siento que se lleva a todas las personas que amo. Siento rabia, siento tristeza.

—Así es, dese permiso de sentir y decir todo eso.

—¿Y ahora qué hago? Me sigo sintiendo igual de mal.

—Ponga orden primero en su pasado, solo así podrá poner orden en su presente. Mientras más rápido, mejor.

Tomé el poco coraje que me quedaba y manejé mi moto hasta donde debía haber ido hace tanto tiempo. Llegué a la casa de la veleta de viento. Lo pensé dos veces más antes de tocar el timbre. Ella salió, con los ojos humedecidos por la emoción de verme.

—Llevo tanto tiempo esperándote... Pasa por favor.

No dije nada. La rabia seguía encendida en mí.

—Sé por todo lo que has pasado, pasamos juntas por eso, pero desde lugares diferentes, y ahora... ahora todo es muy extraño.

Tenía que hablar. Tenía miedo de lo violentas que podían llegar a sonar mis palabras, pero no podía seguir callándome lo que sentía. Se abrió una puerta en mí que ya no podía volver a cerrar.

—¿Por qué Becca?, ¿por qué hizo eso?

—Déjame explicarte todo, desde el principio. —dijo llorando.

La señora Becca tomó el retrato de su hijo que estaba en la mesa y lo sujetó entre sus brazos, tratando de obtener fuerzas para liberar también sus palabras.

—Cuando Ian tuvo el accidente yo no supe que hacer. La vida nunca prepara a una madre para ver a su hijo morir de esa manera. Yo estaba devastada. Los doctores ya nos habían dicho que no había posibilidad de que él volviera a despertar de ese coma. El daño en su cabeza era irreparable. Esa noche debía tomar la decisión de dejar ir lo poco que había quedado de mi muchacho. Pasé toda la noche despierta en el hospital. Tu mamá te había dado un calmante y te había llevado de regreso a su casa. Pero no era la única que estaba sufriendo. Había otra madre cuyo hijo tenía pocos días de vida. Escuché a los médicos de terapia intensiva hablando de su caso. Me acerqué a su habitación y lo vi. Era joven, y tenía todo su cuerpo sano, a excepción de su corazón. No quise ser egoísta. Esa noche podían pasar dos cosas. O morían dos chicos jóvenes y hermosos, o solo moría uno y el otro se salvaba. Hablé con los doctores del chico y les dije que podían tomar el corazón de Ian.

—Pero era mi novio, Becca. Mi novio. ¿Cómo puedes donar su corazón sin mi permiso o siquiera decirme algo?

—Perdóname Loura, las cosas pasaron muy rápido, el accidente, la hospitalización, la muerte inminente de Ian. Como te dije, tú te habías ido. Ellos me explicaron el procedimiento legal a seguir, y siendo su madre, mi consentimiento fue suficiente. Luego tú quedaste tan afectada, no quisiste hablar conmigo después del funeral y nunca encontré el momento adecuado de decírtelo.

—Sabías que a Ian le faltaba su corazón cuando estábamos en el funeral y no me dijiste.

—Estaba hundida en mi propio dolor de madre. Había perdido a mi hijo. Y luego a ti, que también eras como mi hija. Los perdí a los dos de cierta manera.

Tomó la jarra de agua que estaba en la mesa y se sirvió un poco.

—¿Y cómo supo de Lucas y de mí?

—Ya sabía que el vendría ese día porque me había avisado. Pero me quedé esperando y nunca llegó. Me contó que vino acompañado pero que algo extraño le había pasado a la chica con la que vendría. Le pregunté por ella y así supe que eras tú.

—¿Él ya lo sabe?

—No le dije nada, no quería que me guardaras más rencor. Estoy segura de que Lucas merece una explicación, pero lo más conveniente es que lo escuche de tu propia boca.

—No sé si vuelva a hablar con él.

—Sé que lo harás. Tienes todo el derecho a ser feliz y seguir tu vida. No desperdicies esa oportunidad.

—No creo. Y aunque logre aceptar la idea de que Lucas tiene el corazón de Ian, lo traté tan mal que lo nuestro nunca volvería a ser lo mismo.

Veinte

Habían pasado ya dos meses desde que había hablado con la señora Becca. Seguí yendo a las consultas con el señor Jeoung. Cada día que iba jugábamos a lanzar una moneda para decidir quien atendía a quien. Su humor, su vitalidad, sus ganas de vivir la vida a esa edad me inspiraban a trabajar en mis miedos y en esas heridas que yo creía que había superado.

Todo había mejorado excepto mi relación con Lucas, todavía no había tenido el suficiente valor de acercarme de nuevo a él. Y el día menos pensado, el destino nos llevó al primer día. Nos cruzamos de nuevo, cuando yo estaba saliendo de la reunión con el doctor Oliveira, y él salía de uno de sus exámenes de rutina.

Mi corazón latía con tanta fuerza que tuve que ponerme la mano en el pecho para tratar de calmar mis emociones al verlo. Él me veía serio, parado de frente, a dos metros de distancia, intentando borrar de su rostro cualquier debilidad por mí.

—Lucas...

—Hola Loura.

—Tengo tantas cosas que decirte que no sabría por donde empezar. Quisiera fingir que realmente no hay nada de que hablar y darle más importancia a la felicidad de verte que al miedo de encontrarte y tener que justificar esta realidad tan extraña.

—Pudimos haber enfrentado los problemas juntos, pero preferiste huir. Es imposible fingir que eso no pasó.

No podía hacer otra cosa. Cualquier cosa que dijera lo escucharía desde su odio y su rencor, que en este caso estaba perfectamente justificado, pero yo necesitaba romper ese puente de hielo que nos separaba por mucha más distancia que esos dos metros que tenía frente a mí.

Comencé a soltar los botones de la camisa que traía puesta. ¿Qué podía estar pensando él en ese momento? No había una salida común ni normal a esta situación, y por eso no podía detenerme. Él me observaba intentando descifrar lo yo trataba de hacer.

—Mírame Lucas, mira bien. Te lo pido.

Después de soltar los botones abrí mi camisa. Tardó unos segundos en entender el tatuaje que me había hecho hace varias semanas. Dio un paso adelante. Luego otro más. Sacó su mano del bolsillo y comenzó a recorrer el dibujo con sus dedos, así como yo había tocado con mis manos por primera vez su herida; era una copia de su cicatriz, que al mismo tiempo tenía un corazón debajo, con el nombre de Ian.

—¿Pero cómo? ¿Entonces...?

—Sí, son mis dos amores. Él, ayer, y tú, hoy. Los tengo juntos aquí, porque los sigo sintiendo.
Te amo, Lucas.

Veintiuno

—Siempre quisiste salirte con la tuya —dije—. Te las ingeniabas para salir ganando a pesar de haber perdido las apuestas conmigo. Cuando olvidabas algo, siempre improvisabas y resolvías con alguna de tus ocurrencias. Nunca dejaste de cumplir tus promesas. Si no podíamos ir al cine, te robabas la película de la casa del vecino, si te quedabas sin dinero para nuestra cena aniversario, negociabas trabajar para el restaurant cuando ya sabían que no podrías pagar.

Levanté la mirada para sentir la brisa que aumentaba con la caída del sol. Había pájaros que canturreaban mientras se peleaban por los frutos de los árboles.

—Lo había olvidado, ¿sabes? Había olvidado eso —continué—. Dejé de pensar en los recuerdos porque no supe manejar el dolor de tu partida, y hasta ahora no me había dado cuenta de que aún mientras morías habías encontrado una forma de cumplir aquella promesa. Estábamos recostados en la grama del parque, un domingo cualquiera, ya no recuerdo exactamente cual, pero no olvido lo que te dije, lo que dijimos. Que me encantaba escuchar tu corazón cuando me apoyaba sobre ti, y me prometiste que, entre cada latido, estarías ahí tú, siempre.

—Hiciste trampa otra vez —agregué—. No estás tú, al menos no todo tú. Pero te reconozco otra victoria más y nunca dejaré de pensar en lo maravilloso que eras, Ian... que sigues siendo.

Limpié un poco la lápida y dejé las rosas que había traído conmigo. No había tenido el valor de volver desde su funeral. Respiré profundo, me levanté, sonreí y le lancé un beso para despedirme. Di la vuelta y comencé a caminar de regreso hacia la moto.

—Ya podemos irnos.

—¿Cómo está? —preguntó Lucas.

—Está bien. Ahora siento que está bien.

Lo abracé por la espalda. Lucas aceleró y arrancamos de ahí. Con rumbo incierto, pero siempre juntos.

Sobre el autor

Miguel López se define como un gran amante de la vida, un investigador itinerante y un romántico explorador. Es un escritor de origen venezolano, y creció entre una curada mezcla de culturas y sabores que le heredaron los inmigrantes de su país, desarrollando una perspectiva de que el mundo está más cerca de lo que parece, y lo que sucede allá, nos influncia aquí.

Entre sus temas de interés destaca la poesía, la psicología, la sociología, y la ciencia. Disfruta de ambos mundos, del mundo intelectual, planificado, complejo y sofisticado, y del mundo sencillo e iniciático.

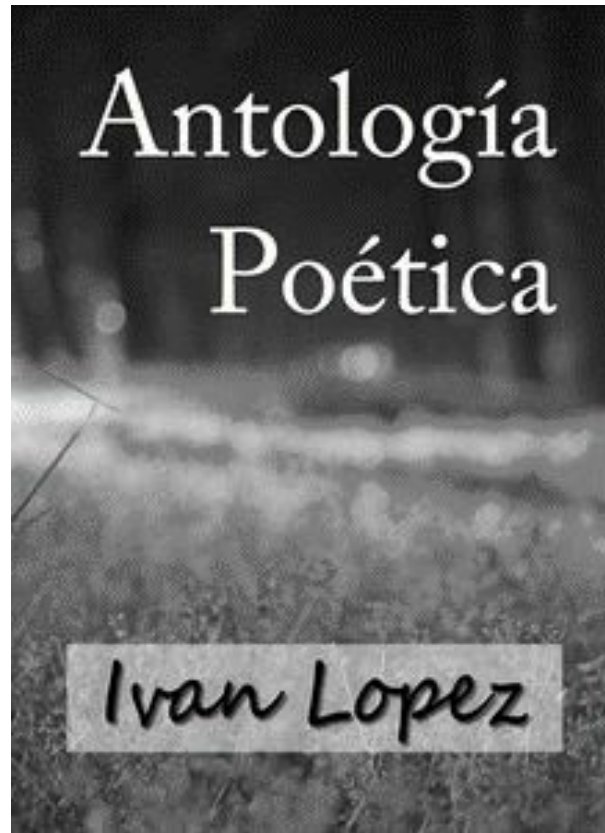
Puedes seguirlo en:

Twitter: @lopezbmiguel

Instagram: lopezbmiguel

Facebook: MiguelLopezEscritor

Otros libros recomendados:



La Antología Poética de Iván López es una recopilación de los principales poemas escritos por este notable autor venezolano, que recoge obras inspiradas en numerosos temas de su propia vida, como el amor por su pareja, por sus hijos, y por la tierra donde tuvo la oportunidad de crecer y vivir la mayor parte de su vida; Yaracuy.

Puedes conseguir este libro en:

Amazon EEUU: <https://www.amazon.com/dp/B072JWVTJF>

Amazon España: <https://www.amazon.es/dp/B072JWVTJF>

Amazon México: <https://www.amazon.com.mx/dp/B072JWVTJF>



Colección CARTAS NOCTURNAS:

CARTAS QUE GUARDO BAJO LA ALMOHADA es una recopilación de cartas escritas como poemas en formato de prosa, con la intención de capturar emociones encontradas, ocultas y a veces herméticas, producto de la meditación nocturna del autor. Es una invitación al deseo y a la ensoñación distante, imposible. Es una marca que se escribe dentro del alma, donde la mente lucha por lograr la paz y encontrar la resiliencia.

Puedes conseguir este libro en:

Amazon EEUU: <https://www.amazon.com/dp/B06Y2P3CZD>

Amazon España: <https://www.amazon.es/dp/B06Y2P3CZD>

Amazon México: <https://www.amazon.com.mx/dp/B06Y2P3CZD>



Colección CARTAS NOCTURNAS:

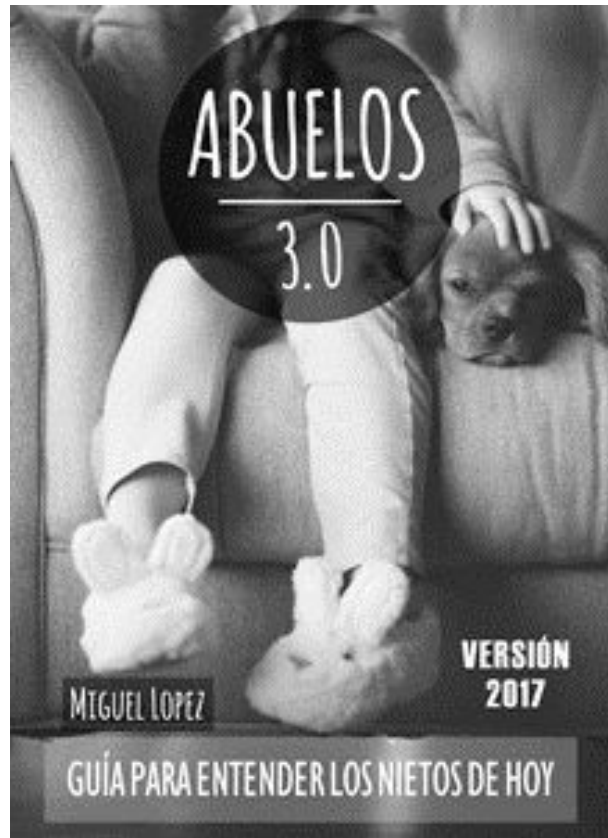
CARTAS QUE ESCRIBIRÍA SOBRE TU PIEL es una recopilación de varias cartas en prosa poética que evocan sentimientos de deseo y de placer, entre meditaciones nocturnas, pensamientos, rescatando los momentos que se han vivido pero, sobre todo, recordando que nuestra piel tiene su propia memoria.

Puedes conseguir este libro en:

Amazon EEUU: <https://www.amazon.com/dp/B072338FZ8>

Amazon España: <https://www.amazon.es/dp/B072338FZ8>

Amazon México: <https://www.amazon.com.mx/dp/B072338FZ8>



Colección SENTIDO EVOLUTIVO:

ABUELOS 3.0: UNA GUÍA PARA ENTENDER A LOS NIETOS DE HOY. Muchas preguntas pueden surgir cuando queremos acercarnos a una generación que ha crecido en circunstancias muy distintas a las nuestras. La cultura va cambiando conforme nos enfrentamos a un creciente avance de la tecnología, y de un mundo cada vez más conectado. Este libro es una guía indispensable para contestar las preguntas más frecuentes que pueden tener los abuelos respecto a los nietos de hoy.

Puedes conseguir este libro en:

Amazon EEUU: <https://www.amazon.com/dp/B071RYD4RC>

Amazon España: <https://www.amazon.es/dp/B071RYD4RC>

Amazon México: <https://www.amazon.com.mx/dp/B071RYD4RC>